



GUÍA DE
ESCRITORES
EN LA

Literatura Costarricense



Colypro

Junta Directiva 2022-2025

M.Sc. Georgina Francheska Jara Le Maire
PRESIDENCIA

M.Sc. Mauricio Jesús Moreira Arce
VICEPRESIDENCIA

Dr. Daniel Vargas Rodríguez
TESORERÍA

M.Sc. Juan Carlos Campos Alpízar
SECRETARÍA

M.Sc. Illiana Salazar Rodríguez
PROSECRETARÍA

M.Sc. Karen Oviedo Vargas
VOCALÍA 1

M.Sc. Ariel Eduardo Méndez Murillo
VOCALÍA 2

Fiscal 2022-2025

Dr. Roony Castro Zumbado
Directora Ejecutiva a.i.

Licda. Viviana Alvarado Arias

Departamento de Desarrollo Profesional y Humano

M.Sc. Walter Alfaro Cordero
JEFATURA

Producción y contenido

Alejandra Mc Cook Oviedo
GESTORA ACADÉMICA

Diseño y diagramación

Adriana Vega Valverde

Fotografía portada:

Faíd Alejandra Smith en el turno del pueblo



Colopro

**Colegio de Licenciados y Profesores en Letras,
Filosofía, Ciencias y Artes (Colopro)**

Central telefónica: +506-2437-8800
Apartado: 8-4880-1000, San José, Costa Rica
Correo electrónico: contactenos@colopro.com
www.colopro.com

Los textos firmados son responsabilidad de los autores y no representan
necesariamente el pensamiento del Colegio.
Todos los derechos reservados. Hecho al depósito de Ley.



**Reconocimiento-No Comercial-Sin derivados 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)**



Guía de escritores en la Literatura Costarricense

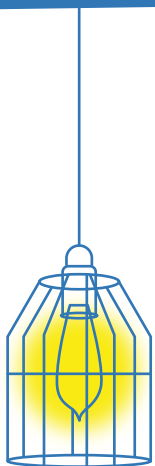
El presente material se trata de una guía referencial donde se pretende compartir literatura sobre la base de algunos referentes de la misma.

Se llama guía porque reúne en él dibujos de los autores, y porque reúne textos con que estos autores han sido conocidos, estudiados, queridos por la comunidad lectora costarricense. Como tal no están todos los nombres que han tenido eco en la historiografía de la literatura costarricense, dado que se trata de una selección. Responde a que ya hay autores del canon que por distintos medios o razones han sido muy estudiados y han tenido mucha resonancia. Además de que todo trabajo de investigación tiene sus delimitaciones.

Los recursos para este reto que se presenta en el material son las ganas de aprender sobre literatura costarricense dado que esta nos permite conocer más sobre la historia, las identidades y las distintas circunstancias por las que ha pasado el país. Y con cada estación que representa un autor, se pretende construir conocimiento al lado del recabe de información que permite completar cada espacio. La investigación, la escritura, la redacción, son herramientas centrales para todo este material. Que se pueda investigar de fuentes serias, confiables que permitan información veraz. En donde todo el material sumado en este maletín pedagógico sobre literatura costarricense sea de apoyo para tener a mano información sobre algunos escritores sobresalientes en la historia de la literatura nacional.



Rafaela Contreras Cañas



Costarricense. Tuvo una vida de 24 años. Vamos a decir que Rafaela Contreras Cañas contrario a lo que por años la historiografía ha dicho, **ella fue la primera escritora costarricense del siglo XIX.**

Claramente el nombre de Rafaela es poco conocido dado que lo que se menciona como primeros autores son hombres que lo que plantean como primeras novelas son textos enmarcados en el cuadro de costumbres, o lo que se ha llamado costumbrismo. Rafaela como tal escribe cuentos, por ejemplo, muy alejada de ese movimiento. Y más bien **sus cuentos de elevada prosa están al nivel del Modernismo como movimiento literario y del cuento fantástico.**

Publicó mayormente en El Salvador, otros en Guatemala. Se referencia como la esposa de Rubén Darío en el plano de su vida personal, en donde fue precisamente la escritura de ella quien los vinculó. Sin embargo, es su literatura los que ahora deben ponerse sobre la mesa para darla a conocer y darle el lugar que tiene como la escritora costarricense que fue.

Leamos uno de sus cuentos...

La Mujer de Cristal

Rafaela Contreras Cañas

Ahmed Walla Kand, príncipe de una de las más grandes secciones del Indostán, aún no conquistadas por los europeos, subió al trono de sus mayores a la edad de veinticinco años.

Un mes después de tomar posesión de su reino, mandó dar libertad a las mujeres del harem, ordenando al mismo tiempo comprar y traer a su presencia otras de las más lindas de su reino y de los mercados de Asia. Cuando sus vasallos reunieron las que él ordenó, avisáronle y dos días después su palacio fue invadido por una turba de mujeres, cuya espléndida belleza las hacía rivales.

Allí las persas, acá las nubias, más allá las circasianas, las árabes, en fin, todas ricamente ataviadas y ostentando las unas sus ojos negros y deslumbradores, las otras sus labios rojos cual la flor del terebinto, las otras su cabellera, soberbio manto que les dió la naturaleza, más espléndido que un manto real.

Todas, una a una fueron llevadas ante el príncipe, quien las enviaba al harem u ordenaba darlas libertad, según la mejor o peor impresión que hacían en él los encantos de sus esclavas.

Un año después, no volvió al harem, ni quiso nada. Se aburría.

Las orgías, sus museos, la caza, de todo había gustado en exceso y todo le fastidiaba ya.

Llamó a los sabios y con ellos se entregó por completo al estudio de las lenguas europeas, de las ciencias y de su religión, deseando por este medio tributar los debidos homenajes a los dioses.

Hizo verdaderos progresos en poco tiempo, sobre todo en religión.

Cuando creyó que ya sabía bastante en esta materia, hizo grandes mejoras a los templos y dió gran impulso al culto. Sin embargo, pronto se aburrió de esto también.

Emprendió entonces un largo viaje, el cual principió por las colonias europeas de la India. Pasó luego a Persia, a Turquía, a la Arabia, donde se detuvo, y en seguida regresó fastidiado de viajar y fue a encerrarse a su palacio, presa de una gran melancolía.

Cuando él y su comitiva regresaron, no se hablaba allí de otra cosa que de una mujer de cristal que tenía el encantador Marust, y la cual, según él decía, rompería el encanto y volvería a ser mujer, y mujer muy linda, el día que llegase a amar y ser amada de un hombre.

Llegó esto a oídos de Ahmed y mandó inmediatamente llamar a Marust, ordenándole, cuando estuvo en su presencia, decir lo que sobre el caso hubiera.

—Príncipe y señor, dijo él, saludando por tres veces y cruzando ambas manos sobre el pecho; habéis de saber que hará poco más de tres meses, estando yo en mi gabinete de estudio, vi aparecer en medio de una nube de humo, a Thur el encantador, que murió hace veinticinco años, el cual traía de la mano una mujer cubierta con un velo.

Dirigióse a mí y me dijo:

—Marust, tú has sido mi discípulo, y quiero que me obedezcas hoy como antes. Júrame por la diosa hacer cuanto te ordene.

—Maestro, le contesté yo, te lo juro.

—Bien; si no cumples, Siva te castigue, dijo él.

Dirigióse luego a la tapada que se había quedado un poco atrás y le arrancó el velo, dejando descubierta la mujer más bella que puede verse ni soñarse. Quedó absorto contemplándola.

—Marust, volvió a decir él, esta mujer tan bella como la ves, tiene el corazón de bronce; ha visto morir a sus plantas, príncipes, reyes y emperadores y no se ha ablandado jamás. Siva se ha irritado y me ordena castigarla.

Extendió luego su brazo, tocó con su varilla mágica el pecho de la mujer y pronunció las palabras cabalísticas, quedando ella instantáneamente convertida en estatua de un cristal oscuro.

—La guardarás, me dijo, y haz saber a todo el mundo que cesará su castigo el día en que siendo amada, ame a su vez.

El día en que mire con buenos ojos a algún hombre, el cristal se romperá en pedazos y reaparecerá ella siempre tan linda.

Si ama a ese hombre, quedará libre del castigo; si no le ama, volverá a tomar su cubierta de cristal.

Advierte a los que la ambicionen que tengan mucho cuidado, pues la menor ruptura que la causen, será la sentencia de muerte de ambos.

Vigila mucho. A ti te la recomiendo.

Hizo luego con la mano un signo de despedida y desapareció dejando a mi lado la hermosa estatua.

Cuando se hubo disipado en mí la impresión de terror que todo aquello me causó, tomé entre mis brazos aquella mujer y la coloqué en un nicho, temiendo la desgracia que Thur me anunció si llegaba a romperse, y en seguida he dado aviso a vuestros súbditos de todo lo que me pasó.

Desde ese día todos los señores de vuestro reino han visitado a la pobre encantada, quedando un número inmenso prendados de la cubierta de tan prodigiosa belleza.

Esto es señor y soberano lo que tengo que deciros y ahora espero las órdenes que tengáis a bien darme.

Inclinóse de nuevo por tres veces el encantador y esperó para retirarse, que el príncipe se lo ordenase.

Ahmed con la cabeza inclinada permaneció breves instantes mandando luego a uno de sus vasallos hiciera preparar su carroza para salir.

Cuando estuvo todo listo, subió a ella rodeado de sus guardias, y habiendo ordenado a Marust guiarle a su casa, se dirigió a ella.

Dejó a su puerta a todos, y entró con el encantador, que le condujo frente a la estatua.

Contemplóla en silencio largo rato, examinando sus manos tan lindas, su pie tan diminuto, su rostro melancólico, pero de rara belleza, y todo ello de un color tan oscuro.

Hablóla luego con acento apasionado, aunque no brotaba signo de sus labios, sabiendo por Marust que aunque de vidrio, oía, veía y sentía perfectamente.

Ella permaneció impassible y aún creyó verla él desdeñoso.

Marchóse al fin, pero quedó sumamente preocupado, pensando que por qué si todos cantaban su hermosura y nunca mujer alguna se le había resistido, aquella le miraba con indiferencia y hasta con desprecio.

Volvió al siguiente día, y de este modo durante un mes, al cabo del cual estaba perdidamente enamorado de la desdeñosa mujer.

Se arrojaba a sus plantas, besaba sus pies, su vestido, lloraba, suplicaba pidiéndola su amor.

Ella permanecía muda e impassible.

Pidió entonces a Marust le permitiera llevarla a su palacio ofreciéndole por ello un tesoro y la entrada libre a ver a la encantada siempre que quisiera.

Consintió él y la mujer de cristal fué colocada entre cojines de seda y oro y llevada solemnemente al palacio yendo Ahmed a pie a su lado.

Había hecho preparar para recibirla, la mejor habitación del palacio, adornándola con un lujo deslumbrador.

Veinte esclavas que escogió entre las más lindas debían estar velando a su lado.

De noche la colocaban con todo cuidado en un lecho cuyas colgaduras y ropa se mudaban diariamente, ordenando siempre fuera todo de lo mejor y nuevo.

En el día, la colocaban en una especie de sitial rodeado de flores y pedrerías; a sus pies, en un cojín, mandó poner su propia corona.

Él no salía de allí, mirándola siempre, llorando y jurando amarla siempre.

Un día de estos que estaba a sus plantas de rodillas, entró Marust y él le llamó a su lado.

—Marust, Marust, le gritó, esta mujer es una roca, me estoy muriendo de amor, me consumo por ella y no me mira, me desprecia.

Rompió a llorar, y en medio de sollozos, volvió a decir al encantador:

—Oye, Marust, oye amigo mío, si esta mujer me amase, yo dejaría por ella mi trono, mi religión, si la mía no fuese la suya, mi lengua, mi patria. ¡Oh! ¡que me ame, que me ame y seré su esclavo!

—¿Decís, señor, que por ella dejarías vuestro reino y vuestro culto?

—Sí, sí, todo lo dejaría por ella.

—¿Os harías protestante si ella lo fuese?

—¡Me haría, sí, mil veces!

—¿Católico?

—También, todo, todo me haría; no me desesperes Marust, ya te lo he dicho y lo repito: seré su esclavo.

—Señor, ¿dejaríais vuestras mujeres, tan lindas todas, por una sola, y exclusivamente os entregarías a ella?

—Oh sí! ¿Qué me importan todas ellas que se mueren por una mirada mía, cuando ésta me está costando la vida y no quiere oírme?

Si algún día llegara a amarme, toda mi vida estaré temiendo perderla.

¡Oh! cuán cierto es que sólo lo que nos cuesta conseguir estimamos, y que lo imposible nos enloquece.

¿Qué podría yo hacer para probarle mi amor, para que ceda a mis súplicas?

—Haced señor todo lo que vuestro corazón os dicte y talvez se humanice.

Pasaron tres meses más, pasaron seis, pasó un año, y por más esfuerzos, por más que lloró, suplicó y se arrastró a las plantas de aquella mujer, el cristal no se rompió.

Esto causó tal desesperación al príncipe, que un día fue a ella y juró en presencia del encantador, que desde aquel día no probaría más alimento de ninguna clase, pues quería morir lentamente para contemplarla hasta el último momento y llamarla ingrata antes de expirar.

Puso en práctica su promesa, encerrándose en su gabinete, contiguo al de ella, y allí permaneció sentado sin dormir ni de día ni de noche. Cada rato abría la puerta que comunicaba las dos estancias y silencioso y triste venía a contemplarla y a besar sus pies.

Un día y una noche habían transcurrido sin que probara él nada y sin que cerrara los ojos. Los primeros rayos del sol penetraban en el palacio, y viniendo a iluminar la estancia, en medio de la cual entre los más suaves y ricos lienzos de seda y recostada en medio de los más suaves cojines, estaba la mujer, o más bien dicho, la estatua de cristal.

Ahmed, sentado en un sitial dorado y adornado de pedrería, en su apartamento, lloraba teniendo su hermosísima cabeza ornada de negros y lustrosos cabellos, apoyada en la palma de la mano.

De repente, un ruido espantoso, como de algo que estalla, vino a herir sus oídos, dejándolo aterrado.

Púsose en pie medio loco, y vino corriendo para ver lo que pasaba y temblando por su estatua.

Entró, acercándose al lecho, pero quedó mudo de admiración y de gozo al ver en medio de los suaves lienzos y cojines, recostada y sonriente, una mujer de una belleza enteramente nueva.

Multitud de pedazos de cristal oscuro, estaban diseminados por toda la estancia y aun por el lecho.

Ahmed bajó sus ojos ante las fascinadoras miradas de aquella mujer, y silencioso y temblando vino a ponerse de rodillas a sus pies.

Entonces ella se incorporó y tendiéndole la mano blanca y suave, cuyos dedos finísimos tenían las uñas sonrosadas y delicadas:

– Levantaos, amigo mío, le dijo.

Tomó él aquella mano que cubrió de besos y de lágrimas, y cayó desplomado en el pavimento.

Ella al verle caer, lanzó un grito pidiendo socorro y sus esclavas que venían ya para sacar la estatua del lecho, entraron corriendo, retrocediendo espantadas al ver una mujer tan soberanamente hermosa, en vez de la de cristal, y al príncipe desmayado o tal vez muerto.

– Venid, amigas mías, les dijo ella, venid y llevad a vuestro señor a su lecho y que le vean sus médicos pronto; en tanto, vestidme.

Corrieron ellas a obedecer sus órdenes y en breve se la vio vestida de seda, oro y pedrerías al lado del príncipe que no tardó en volver en sí, llamando a la ingrata que se apresuró a llegar sonriendo de la manera más seductora.

Al verla, él saltó del lecho y poniéndose de rodillas, besó su manto y su mano, loco, ciego de amor.

Suplicóle ella tomase alimentos, pues la debilidad y el susto habían sido causa de su desmayo.

Consintió él sentándose a su lado y pidió le sirvieran.

Durante ocho días hubo fiestas por todo el reino en honor de aquella mujer.

Sin embargo, ella no dijo a Ahmed que le amase, lo cual

volvió a afligirle, pues estaba ciego de amor por ella, ahora más que antes de que cesara el encanto.

Un día vino ante ella, y tomando entre las suyas su mano llena de hoyuelos, blanca y perfumada, le dijo con tristeza:

– Dime, si no me amas, ¿por qué rompiste tu encanto impidiendo así que muriese? Qué quieres de mí en cambio de tu amor, habla y dímelo todo; si no me has de amar, quiero morir.

– No, Ahmed, contestó ella, yo no quiero que mueras, pues habré de amarte mucho si eres complaciente conmigo.

– Pide, pide todo, que yo a cambio de tu amor habré de darte hasta lo imposible.

– ¿Amarás a una mujer que no tenga tus creencias?

– Si esa mujer eres tú, la amaré y creeré en lo que ella crea, pues debe ser su culto el verdadero, siendo tan lindas las mujeres que le siguen.

– ¿Te harás católico?

– ¿Eres tú católica?

– Sí.

– Pues ya lo soy yo.

– ¿Dejarías tu reino por seguirme? ¿Tus vasallos?

– Si tú te vas, me iré yo y en vez de tener vasallos, lo seré tuyo.

– Gracias, Ahmed. Yo te recompensaré si es suficiente mi amor a recompensarte. ¿Dejarás tus mujeres y me tomarás a mí por única, eternamente, según las leyes europeas?

– ¡Oh, sí! sólo a ti y tú sola para mí.

– Bien, Ahmed, reúne tu oro y tus joyas y en silencio llama a tu hermano, entrégale el mando y vamos a las colonias inglesas.

Ocho días después, salió Ahmed con aquella mujer y diez esclavos, conduciendo sus riquezas para Calcuta, donde se instalaron sin que sus vasallos tuvieran conocimiento de su partida, hasta que el príncipe hermano de Ahmed se los hizo saber, por lo cual, irritados contra Marust, fueron en su busca para darle muerte, pero él, que había previsto el caso, había marchado con sus riquezas a otra parte.

Dos años pasó Ahmed en Calcuta, esperando que aquella mujer quisiera unirse a él.

Durante ese término aprendió perfectamente el francés y el inglés, tomó por religión la católica y recibió en las fuentes bautismales, el nombre de Guillermo.

Al cabo de este tiempo, y cuando ella vio que la venda que la ignorancia tuvo ante sus ojos, ya no existía, le hizo llamar a su casa, y sentándose a su lado le dijo:

– Guillermo, ¿me amas aún?

– ¿Cómo aún? contestó él, ¿cuándo he dejado de amarte, si cada día te amo más y a medida que eres más ingrata conmigo?

—No, no soy ingrata, todo lo contrario; he temido perderte y por eso he querido probarte y, además, hacerte ver todo tal cual es, como ha pasado.

Soy inglesa, hija del Marqués de Wisp y viuda del Duque de Alta-Mira, de origen español, con quien me unieron a la edad de quince años, contra toda mi voluntad y sin amarle jamás. A los seis meses de matrimonio murió él y yo quedé libre y sumamente rica.

Quise viajar y me vine aquí después de visitar casi toda Europa.

Un día te vi aquí, poco después de subir al trono, viajando por distraerte, aburrido ya de todo placer. Me enamoré de ti y me prometí hacer que me amaras.

Desde ese momento empecé a estudiar el idioma y me fui disfrazada de árabe a tu reino donde te vi llegar más hastiado aún.

Fui entonces a ver a Marust y le prometí una bolsa repleta de oro, si hacía todo lo que yo le dijese, y otra, si todo me salía bien.

Aceptó él y yo mandé a hacer la estatua a Europa, enviándosela en seguida.

Yo le dije lo que había de decirte y le encargué me contase siempre todo lo que hacías y decías, hasta en sus menores detalles.

Cumplió él su palabra con todo celo y exactitud, y así supe tu resolución de dejarte morir de hambre.

Entonces me disfracé con su mismo vestido, y de este modo penetré donde estaba la estatua, me vestí sus ropas, me recosté en los cojines y di un golpe a la estatua que siendo tan delgada voló en mil pedazos. Lo demás ya lo sabes.

— ¿Me amas aún?

— Te adoro

— Mañana seré tu esposa y nos vamos luego a Inglaterra.

Ocho días después, unidos ya, se embarcaron con rumbo a las Islas Británicas.

La duquesa, que era muy querida del rey, le presentó su marido ante la corte y le contó su historia.

El rey a quien causó verdadera admiración el ingenio de aquella mujer, y deseando demostrar al príncipe su satisfacción de verle como súbdito suyo, le concedió el título de príncipe de India Británica.

Sin embargo, nadie conoció a la princesa por su título, sino por Mira la Oriental, de su antiguo título Alta-Mira.

**Debemos decir que esto que
escribe Rafaela Contreras Cañas,
en nada se parece a los
cuadros costumbristas
que se estaban escribiendo en
Costa Rica para esa época.**

**Por eso la necesidad de
posicionar la literatura de esta
autora en el panorama de la
historiografía de la literatura
costarricense.**



Manuel Argüello Mora



Se le ha atribuido ser el autor de la primer novela costarricense llamada *Misterio* (1888). En el siglo XIX esta novela hizo sus entregas por tipo folletín donde por semana se hacían entregables de los capítulos. Escribe cuadro de costumbres, anécdotas, leyendas de Costa Rica, que era la tendencia de lo que literariamente se escribía en la época.

Se menciona porque la novela de Manuel Argüello Mora, se ha discutido frente al *Moto*, por ejemplo, donde se decía que en realidad era la primera novela costarricense. Sin embargo, se mencionó *Misterio* como la primer novela y Manuel Argüello Mora como primer escritor.

Más ahora hay que tomar en cuenta a Rafaela Contreras como un primer referente cuyos textos en nada se asimilaran a lo planteado por el cuadro de costumbres. Claramente, esto nos plantea que la literatura aun en la línea de los tiempos no es estática ni definitiva. Y que la historiografía con toda la importancia que tiene en los estudios literarios, se renueva con hallazgos que suceden en el tiempo. Como lo es el caso de esta escritora mencionada anteriormente.

Extracto de Garnier, José Fabio (2017)

“En el volumen titulado Costa Rica pintoresca, aparecido en 1899, Argüello Mora reunió varias de las novelistas suyas, ya analizadas. A ellas van unidas, además impresiones de viajes por Terranova, por Holanda y por Venecia; algunas simpáticas evocaciones de su vida accidentada; una leyenda tica, un cuento germano y la silueta bien delineada de uno de los bien aventurados de quienes afirman que es el reino de los cielos: don Nicasio Barrigas, el hombre más feliz de la capital costarricense. Cierra el volumen la novelita Misterio; lleva como subtítulo el de escenas de la vida en Costa Rica. Es esta, sin duda, la primera novela, realmente novela, que se publicó en nuestro país, de autor nacional. A Misterio le dedicó tanta atención el novelista costarricense que logró obtener una indiscutible obra del género.

Encontramos en el relato tipos bien definidos como el de Lorenzo Rakoski, callado como un inglés triste como un árabe, de un corazón de oro y de una voluntad de acero. Además, hace reír, con gesto doloroso, la ceguera de don Roque Álvarez. Hombre de cincuenta años, tuvo el capricho de unir su suerte, en matrimonio de conveniencia, con una vaporosa muchacha de veinte primaveras. Ceguera y ceguera voluntaria. Al buen de don Roque lo desconciertan las atenciones que el polaco Rakoski dedica constantemente a su esposa, mientras ninguna impresión le causa la evidente y la profunda simpatía que une a Julio Espinoza y a Inés de Álvarez. Atrae la serena beldad de Elena Escoto, de prestigiosa estirpe, arruinada, como tantas otras por los vaivenes inseguros del comercio.

Vuela, por todas las páginas de la novela, como si fuese una mariposa, inquieta, Delfina Rosales. Es una encantadora muchacha educada en colegios parisienses de cuyas aulas se arrancó para volver al terruño. Aquí, no logra encontrar nada que pueda hacerle olvidar las bellezas y las alegrías de los bulevares insustituibles. En el alma de Delfina nace, con impulsos de pasión, una simpatía que la lleva hacia Julio Espinoza. Este, por desgracia, se ve atraído por los encantos irresistibles y prohibidos de la joven compañera de don Roque en la que ha sabido despertar sentimientos hondos.

Hay otro amor: el que une a la espiritual Elena Escoto con el joven Roberto Delgado, cuyas cualidades de valiente luchador le hacen merecer el cariño sincero de la gentil doncella.

En medio de tanto entusiasmo de los unos hacia los otros, se mueve un tipo, Andrés Cordón, afeminado, buen bailarín.

Es la imagen mejor definida de la inconsciencia en el mal. Por sus deseos de poner en evidencia, logra alejar a Roberto de Elena. Además, hace que la policía detenga a sus dos mejores amigos en quienes algunos creen adivinar a dos peligrosos revolucionarios. Es de admirar el optimismo sano de Julio al compararlo con la desconfianza inmensa que satura el alma de Roberto.

Desorientado por la falta de fe en los demás, esa misma fe que en sus propias energías desposeía la encantadora Elena. En el desarrollo de esta novela de interesantes momentos asistimos a suntuosas recepciones. A uno de los bailes con los que, en el patio del Palacio Nacional, la sociedad josefina celebraba el aniversario de la independencia. Efectuamos uno de los más bellos paseos que pueden hacerse: el que permite dominar y admirar los paisajes de la Meseta Central desde la cima imponente del volcán Irazú.

Todo en la novela se resuelve con la mayor naturalidad. La muerte de don Roque permite que Julio se una en matrimonio con Inés, la joven viuda de belleza incomparable. Roberto y Elena forman, en esa misma fecha, un nido que ha de ser de felicidad infinita. También, el simpático Rakoski ve realizado su anhelo al unir el futuro de la graciosa Delfina con el suyo propio.

Pero, el destino inflexible escoge al bondadoso polaco para hacerlo víctima, de una de sus inesperadas injusticias. La angustia de Delfina, el choque inevitable que le produjeron las cláusulas del testamento de Florancia por medio de las cuales esa criada de los Rosales afirma que Julio y Delfina son hermanos, todo se junta para llevar a su espíritu su profundo y grave desequilibrio.

El Infortunado Rakoski vuelve a Europa en busca de la paz espiritual, que tanto necesita la bella Delfina. No olvidó Argüello Mora a los humildes en su mejor novela. Nos hace admirar aquella prenda más rara que El oro y que los diamantes a la simpática Narcisa, criada fiel de los Escoto. También, dedica frases de cariño a Florencia, la hija de la legendaria campiña de Orosi. Ella, con sus inesperadas confesiones, provoca al desenlace. No se olvida, y no podía olvidarse del negrito Puck el Sirviente sin tacha de Lorenzo Rakoski, callado como un inglés, triste árabe y testarudo como un polonés”.



Manuel González Zeledón

(Magón)

Magón publica entre los años 1871 y 1912.

Se trata de **textos costumbristas** perteneciente al canon literario costarricense. Se trata de un intelectual de la élite costarricense de la época. **El cuadro de costumbres plantea la narración de lo cotidiano, de lo que sucede en casa, en el escenario campesino, lo tradicional dentro de un pueblo.**

Leyendo el cuento sobre ¿Quiere usted quedarse a comer? Se logrará entender de mejor forma a qué se refieren cuando nos hablan del cuadro de costumbres como una narrativa que tanto predominó en Costa Rica.



Leamos el cuento...

¿Quiere usted quedarse a comer?

Manuel González Zeledón

En aquellos dorados tiempos una invitación a comer, lanzada a quemarropa por el jefe de la casa, siendo ésta de medianas comodidades, era un verdadero motivo de turbación general que bien merece los honores de la descripción. Hoy los buenos hoteles y restaurantes son un enorme y seguro recurso del que, en el año de gracia de 1876, hace veinte años, no se podía echar mano por varias razones: la primera, porque no los había; la segunda... omito las demás.

—Bueno, pues me voy porque ya son las tres y media y...

—¡Pero hombre! ¿Cómo va usted a irse con semejante aguacero?

—Es que en casa me estarán...

—De ningún modo, quédese usted a comer con nosotros; aquí no hay más que plátanos y picadillo, comida de pobre, pero siempre es bueno hacer penitencia.

—Siento tanto molestarlos, pero...

—No es molestia; aquí, como en su casa. Permítame un momento, voy a avisarle a Toribia.

—Pero que por mí no...

El convidado forzado se quedaba solito en la sala contemplando los retratos de los abuelos de sus víctimas, en tanto que el dueño de casa, todo demudado, con cara de viernes de cuaresma, comunicaba la fatal noticia a su costilla, con voz de confesionario.

—¡Toribia, don Esperidión se queda a comer!

—¡Ave María Purísima!

—¿Cómo querías que lo dejara ir con este aguacero?

—¡Bueno, pues yo qué! Vos sabés que ña Chepa tiene muy fea cuchara y que hoy es viernes y no hay olla.

—Andá vos a ver qué preparan y date ligero, porque ya son casi las cuatro.

—¡Pues hijito, afloje el pollo, a ver quién lo mete en camisa de once varas! Hay que mandar a la pulpería a comprar fideos para la sopa, porque la que hay es de guineos celes, y traer siquiera un diez de pan, porque es muy feo poner tortillas; además, no hay huevos y habrá que mandar por unas piecitas y zapotillos de donde las Fernández, porque ¡yo no me animo a darle a ese bendito señor el dulce de chiverre!

—Yo no tengo más de estos diez reales. Vos ve a ver cómo te las componés, porque me da pena dejarlo solo en la sala y voy a acompañarlo.

—Entretenélo siquiera un buen rato.

Don Benigno volvía al lado de don Esperidión con la sonrisa en los labios, en tanto que la pobre doña Toribia acudía presurosa a remediar el mal con más susto que si tuviera el cólera en la vecindad.

—Ña Chepa, tenemos convidado a comer a don Esperidión, ¡mire qué apuro! ¿Hizo las empanadas?

—Yo, ¿dónde? ¿Pos no vido que hoy casi no mandaron posta?

—No me salga con eso, ña Chepa. ¿Y ahora qué hacemos? ¿De qué es el principio?

—Pos angú.

—¡Jesús, María y José!

—Idiái, ¿de qué...? ¿de qué quería que fuera? No hay verduras, ayer se acabó el repollo y yo se lo avisé esta mañana.

—Pero ña Chepa, caramba, podía haberme...

—¡Ahora sí que estamos galanos! ¡Hombré! ¡Eso faltaba! Yo no estoy necesitada de estar prendida al fogón pa mantenerme; si lo hago, es por cariño a don Benigno, pero tampoco pa que me venga usté...

—¡Uy! Pero cálese, ña Chepa, que la va a oír ese señor.

—Pos no me venga a echar la culpa de...

—Pero si yo no digo que usted tenga la culpa, ña Chepa... ¿Y le he dicho algo?

—No, es que uno porque es probe tiene que aguantar.

—¿Pero yo en qué la he ofendido, ña Chepa? ¡Ve, ya se quemó el lomo!

Un ruido semejante al de un chorrillo de agua cayendo de plano en una lata, salía del fondo de una cazuela y un olor de pavesa de candela de sebo se esparcía por la cocina y pronto por toda la casa, yendo a poner en grave sobresalto al bueno de don Benigno.

El percance se subsanaba con un poco de agua caliente y hacía olvidar el pasajero choque de ama y cocinera. Esta, con una trompa de a jeme y aire altanero, se encaraba a su patrona.

—Bueno, pues eche acá la plata pa ir a mercar lo que haiga que traer.

—¡Pero va volando! ¡Ya está aquí!

La cocinera se encajaba el rebozo azulejo y salía escapada a hacer las compras, en tanto que doña Toribia, después de atizar el fuego y pasar revista a la escualida despensa emprendía la difícil tarea de poner la mesa.

Nuevos apuros y nuevos obstáculos que vencer: no había más que dos platos hondos, una fuente un tanto, resquebrajada, cuatro platitos de diferentes colores y formas, sólo una cucharita de estaño, amén de torcida y deslustrada, los cuchillos mango de hueso, cachiflojos, el mantel con un parchón de caldo de frijoles semejando el mapa de África y varios islotes y archipiélagos de achiote y yema de huevo; servilletas ni una y vasos ni dos.

Ña Chepa llegaba ahogándose con las compras y tirando el rebocillo sobre el cajón de la basura, se prevenía para hacer milagros.

—¡No se descubije, ña Chepita! Corra donde doña Mónica, la mujer de don Sinesio Retana, y dígame que digo yo que si me hace el favor de prestarme cuatro platos hondos, dos cuchillos, tres vasos, tres servilletas y tres cucharitas, qu'es que hoy se queda a comer don Esperidión, que yo se los cuido mucho y que a la noche se los devuelvo. ¡No se le olvide nada, corra!

Volvía a salir ña Chepa como una exhalación y mientras tanto, la apurada doña Toribia ponía los fideos y daba la primera mano a los platos complementarios.

Por fin llegaba ña Chepa con la mitad de lo pedido y con mil recomendaciones de parte de la servicial doña Mónica de Retana, la que mandaba a recordar que todavía no le habían devuelto el salero que les prestó el martes, ni el hacha que les prestó el sábado.

Ama y criada, febriles y sudorosas, se multiplicaban y de sus torpes manos iban brotando unos cuantos manjares de dudosa bondad y tristísima apariencia.

Don Benigno había ya agotado todo su arsenal de chistes, don Esperidión pugnaba por atajar enormes bostezos, el aguacero no escampaba, y ya eran las cinco y cuarto de la tarde cuando doña Toribia, previo un lavado de manos y un arreglo ligero de las mechas del ahumado cabello, aparecía en la puerta de la sala con una "pañueleta" sobre los hombros, un par de chapas rojas en las mejillas, los ojos llorosos a causa del humo y un trapillo amarrado al índice de la mano izquierda como vendaje de alguna reciente cortadura o quemadura.

—¡Buenas tardes, don Esperidión! ¿Cómo está la niña Salomé? Dispense que no hubiera salido antes a saludarlo, pero...

—¿Cómo está, doña Toribia? Siento tanto haberla puesto en molestias, pero Benigno se empeñó y...

—No diga eso, ¿qué molestia va a ser? Usted es el que tendrá que dispensar; pero, ¿quién iba a saber? Ayer se me fue la de adentro, a Uladislaio lo tengo con la cara hinchada y ña Chepa, la de los Anonos, que tengo ahora de cocinera, no sirve para nada. Pero véngase a comer que ya son casi

las seis; ¡qué temeridad, pobre don Esperidión, no sabe cuánto lo considero!

Seguían excusas de don Esperidión, golpecitos en la espalda dados a éste por don Benigno, a la vez que por encima del hombro dirigía una mirada a su mujer que quería decir: "¿Qué hubo?", una mueca de aquélla que significaba: "Se ha hecho lo posible", y huésped y matrimonio se encaminaban al comedor, llevándose de paso a Uladisladito o Lalito, fruto de bendición, de seis años de edad, soltero, escolar y de este vecindario, a quien aquejaba atroz postemilla y arrollaba las quijadas un gran pañuelo verde, dejando a media luz el rojo y abultado carrillo.

La mesa presentaba un aspecto pintoresco, mezcla de pobreza rayana en miseria y de ostentación rayana en ridículo. Sobre el África del mantel y disimulando desde Nueva Guinea hasta el Mar Rojo, la bandeja llena de pan francés en rebanaditas transparentes; un salero ancho rebosando sal criolla por sus bordes de vidrio fundido, cubría a medias uno de los archipiélagos, en tanto que un río amarillo de huevo con afluentes de achiote iba a desembocar debajo del plato sopero de don Benigno, ocultando su cauce entre las servilletas y a la sombra de las cucharas.

Los platos llanos, con flores azules de loza ordinaria, se sentían humillados por los hondos de fina porcelana, con orilla de oro y letrero gótico "Mónica de Retana", entre corona de laurel. En el centro lucía su desfachatez rubicunda una tinajilla criolla sudando agua fresquísima de la que estaba henchida, y parecía desafiar con los bracillos enroscados a un enorme vaso de postera, color de cielo con estrellas rojas, imitación de cristal de Bohemia, que ocultaba una disimulada rajadura, volviendo la lesión hacia el puesto de Lalito.

Ña Chepa, con las enaguas domingueras y un larguísimo delantal de muestras, hacía veces de sirviente y dió principio a su tarea con la humeante sopa de fideos de cuerda.

Lalito abrió desmesuradamente los ojos, o mejor dicho el ojo del lado sano y con voz chillona exclamó "¡Eh, fid...!", cuando un pisotón diestramente dirigido por doña Toribia, le cortó el aliento, a la vez que su padre le torcía los ojos. Los fideos estaban un si es no es duros y faltos de sal, aunque abundantes de soles de manteca amarillenta. Don Esperidión ya casi había concluido de tragarse la sopa cuando ña Chepa le arrimaba al codo la fuente con el lomo en salsa de sebo rechinado, rodeado de papas color de herrumbre. Un codazo del huésped hacía rodar una papa hasta la bandeja del pan, dibujando un nuevo y caudaloso río, pero Lalito salvaba del océano a aquel naufrago trasladándolo tranquilamente a su plato con la punta de los dedos.

—¡Chepa!

—Fue que...

—¿Qué es eso, Lalito, no se le ha dicho que...?

—¡No lo regañe, pobrecito!

El lomo no se dejaba cortar, cada fibra parecía un nervio y cada nervio parecía una correa; las papas navegaban en el mar de sebo rojizo, hasta que un esfuerzo heroico de don Benigno lograba desprender una tajada, que con su correspondiente salsa y papa iba a dar al plato de don Esperidión, que se entretenía en hacer bolitas de miga de pan.

El arroz llegó en plato hondo con su dorada costra.

—Mamá, deme costra de esa, decía Lalito, señalando con el labio inferior el plato de arroz.

—¿Cómo se dice; ya se le olvidó?

—Hágame el favor, por vida suya, de darme costra.

Don Benigno tosía para atraer la atención de don Esperidión; doña Toribia se mordía los labios y para calmar la tormenta servía costra a Lalito, quien la recibía con la mano y la engullía con un ruido de máquina de picar piedra.

Iguals o parecidos lances ocasionaron un improvisado guiso de plátano maduro con pedacitos de carne, un plato de tomates con masa y unas vainicas envueltas en huevo.

—Coma de estos tomates.

—Gracias; señora, ya he comido mucho y estoy que re-viento.

—No sea así, si nada ha probado: el lomo lo dejó, no tomó casi nada de sopa y...

—Bueno, pues hágame el favor de servirme una cucharadita... ¡Basta!

—Pero revuélvalos con arroz; y vea, estas vainicas no están tan feas... ¿le pongo un barbudo?

—Después, gracias.

Así concluía la primera parte de la comida.

Doña Toribia instaba a don Esperidión para que se tomara la postrema; éste se excusaba pretextando que no acostumbraba esa bebida; don Benigno y hasta Lalito hacían coro a doña Toribia y tanto comprometieron al huésped, que por fin lo decidieron.

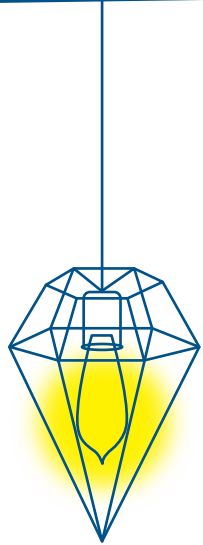
Don Benigno alzó el brazo para alcanzar el consabido vaso, en tanto que Lalito mostraba sus adelantos en el deletreo leyendo la inscripción del plato en que se habían servido las piezas y zapotillos: "Mo... o... Mo, n... i... ni, Moní... c... a... ca, Mónica". Doña Toribia le dio otro pisotón y el chiquillo separando rápidamente la mano dio en el codo de su padre, lanzando media postrema sobre las barbas de don Esperidión. La confusión llegaba a su colmo. El padre furibundo, arrimó un pescozón al chiquillo en la mejilla hinchada, reventándole la postemilla. Don Esperidión se limpiaba tranquilamente los pelos llenos de leche; Lalito ponía el grito en el cielo y doña Toribia, roja hasta la punta del cabello, pedía mil perdones al bañado caballero; en tanto que ña Chepa se esmorecía de risa agarrada al cajón de la destiladera.

A las siete de la noche, bajo una mediana garúa, salía don Esperidión de aquella casa, lleno de achiote y manteca, con la corbata hecha un trapo y la camisa empapada.

Don Benigno, que lo acompañaba hasta la puerta de la calle, con frases melosas y sonrisas dulces, cerraba con estrépito y se dejaba caer desalentado en un sofá; Lalito lloraba a moco tendido con una cataplasma de linaza en el cachete; doña Toribia no volvía del susto, y ña Chepa, hartándose sentada en el quicio de la cocina, con hipo y dolor de estómago, hacía lluvias de arroz que botaba por entre los podridos dientes, a impulsos de una risa inacabable, cada vez que se acordaba de las barbas llenas de postrema del infeliz don Esperidión.



Aquileo Echeverría Zeledón



Aquileo Echeverría **se menciona como una de las figuras más importantes de la literatura nacional.** Sus textos están dentro de lo que se ha estudiado como Cuadro de Costumbres. Para 1905 publica el texto *Concherías* que lo harían un referente en cuanto a este estilo narrativo y la creación del concho. Que es una figura que viene precisamente de ese texto. La valoración de este autor para la historiografía costarricense es de referente. Sin embargo, cabe destacar que, en lectores y estudiosos más contemporáneos de la literatura, la figura del concho ha sido cuestionada. Entendiendo la figura que Aquileo, Magón y todos los autores costumbristas de la época plantearon del campesino costarricense. Se ha aludido a estos como una broma de mal gusto. Como figuras imaginadas y construidas por ellos y que no es necesariamente una representación del campesino costarricense de principios del siglo XX. Claramente el costumbrismo es de un escenario del Valle Central Costarricense. Y que no hay una presencia fuerte de autores literarios de las periferias que históricamente han sido Limón, Puntarenas, Guanacaste. No por lo menos para esta época. Se invita a leer con ojos críticos ahora esto que en su momento construyó Aquileo refiriéndose a esa figura del concho, porque más allá de lo que haya impuesto el canon de la literatura costarricense, tiene mucho valor la lectura crítica de la mano con la responsabilidad de rescatar y formar en realidad una figura que discuta lo que este autor y otros pudieron haber planteado.

Leamos Modelo Epistolar...

Modelo Epistolar

Aquileo Echeverría Zeledón

I

Estimada Domitila:
cojo la pluma en mis manos
tan sólo pa noticiale
que estoy gordísimo y sano,
quiere Dios, y que deseo
que, al recibo de estas cuatro
letras, se jallen ustedes
de cabal salú gozando.
Desde antantier me ascendieron,
por jortuna, a Sota Cabo;
estrené nuevo uniforme,
y una varilla me han dao
como isinia del destino,
y el sueldillo me aumentaron;
hora gano un peso diez
y no salgo a los mandaos,
lo que era una fregazón,
porque el teniente Naranjo
me espachaba, por lo menos,
veinte veces a trer guaro,
u a trer puros, o a pedir
un peso aonde los Campos,
cuando no onde los Quesadas
u aonde Rosendo Alfaro.
Además, el Capitán
tiene un chorrero de gallos,
y había que vese a palitos
pa que estuvieran asiaos;
y a más había que bañar
por la mañana un caballo,
un blanquillo que lo llaman
"Caperoles", liberiano,
y que es un costal de mañas;
hasta muerde el confisgao.
Ayer me trujo Jacinto
la ropilla, los cigarros
y su carta y la cajita
con ungüento de soldao.
Ayer mesmo me lo unté;
de viaje se atarantaron;
esta mañana me vide
y ni uno vivo ha quedao.
Dígale a José María
que no le mando su encargo,
porque jui propio a las tiendas
y sólo jallé de cacho,

iguales a los que vende
en esa ñor Tanislao.
Le vuelvo a recomendar
que tenga muchos cuidaos
con el mestro, porque sé
que ese patas es un malo,
y que es capaz de atollale
basurilla en un cigarro,
como hizo con Miquelina
y con la hija de ñor Bastos.
Salúdeme a ña Prudencia,
lo mesmo que a los muchachos,
y no me olvide, que yo
me paso en usté pensando.
Soy su novio y servidor,
*Pedro Vindas,
Sota Cabo.*

Posdata
Perdone los dos borrones,
pero jue que me meniaron.

II

Mi querido Pedro Vindas:
cojo la pluma en la mano
pa contestale su carta,
que con salú nos ha 'llao;
sólo mama no está bien
porque la sigue fregando
el dolor en el cuadril,
la tos, el pujo y el flato;
por suerte está mejorcita
con sólo la miel de palo,
con güitite y alcanfor
que le aplicó mano Pablo.
De ayer pacá se levanta,
unque no sale del cuarto.
Le noticio que la yegua
tuvo un potrillo melao,
con un lucero en la frente
y otro debajo del rabo.
Es muy bonito, si viera,
se parece al Recortao.
Ya la vaca la soltamos
porque no daba ni un vaso,
pero la "josca" no tarda,

pa la llena la esperamos,
está que no puede andar.
¡Ojalá no salga macho!
Mano Jacinto y Grabiél
se dieron unos cuerazos;
comenzaron por juguetes
y se jueron calentando,
calentando, hasta que al fin
las dos realeras sacaron,
y si no es que Margarito
abrevea a desapartalos
quién sabe si a l' hora de hora
no estaría alguno enterrao.
A yo me ha pudríó siempre
la jugadera de manos,
hasta en los propios chiquillos
repuna, más en los lánaros.
Onde Jacinto hubo baile
pal estreno de un retablo
muy lujoso que trujeron
el domingo, de Cartago;
Pa meter a Santa Rita
y al Señor Resucitao.
Dicen qu' es qu' estuvo bueno,
yo no jui unque m' invitaron,
en primer lugar por mama,
y en segundo por el diablo
del mestero que ya me tiene
como dicen, hasta el cacho;
entre más lo despreceo
y más mala cara lí' hago
más anda detrás de yo.
No sé cómo habrá cristianos
que no puedan entender
las cosas si nu' es a palos.
En la misa del domingo
hubo dos amonestaos:
Ramón Cerdas con Gregoria
y Cirila con ñor Campos.
Dicen que Ramón se casa
pal primer jueves de mayo.
Me contó José María
que ayer lo vido encalando,
y qu' él mismo le contó
que ya' bía comprao los trastos,
y qui' hace dos meses tiene
dos chanchillos amarraos,

diez chompipes; dos gallinas
y un motico y tres carracos.
Dichosotes los que tienen
tata rico y patrón macho.
¿Sabe que se los murió
el gallo cuijen el sábado?;
le empezó com' un ronquío,
cantaba desentonaos,
se le cayeron las plumas,
se le pandió el espinazo;
ayer lo encontramos tieso.
¡Pobrecillo, tan buen gallo!
¿Qué hay de desamen y baja?
¿No les han dicho hasta cuándo?
Tata me echó una indireta.
Yo creo qu' es que le han contaos
alguna cosilla suya
y pienso que sea Lisandro,
porque antier me lo jallé
junto al portón de don Marcos,
y nu' hice más que arrimame
y ambos a dos se callaron.
El domingo, si Dios quiere,
le mandaré los cigarros:
ya tengo la cura lista
y estoy el papel piquiando.
Mama le manda memorias,
tata, Luis y los muchachos.
No deje de persinase
pa que no lo tiente el malo,
porque dicen qu' en Heredia
es onde hay sesenta rayos,
por vida suyititica...
¡Dios guarde supiera yo algo!
Me alegro del peso diez
y de lo del Sota Cabo.
Tengo una gana de velo
con la vara y estrenando...
Ya me voy porque me llaman,
escribame pronto y largo,
y piense un poco en su Tila
que vive en usté pensando
y ni un momento lo olvida.

Domitilia H. Camacho



Joaquín García Monge



Es cuidado y no, **el nombre más mencionado en la historiografía de la literatura costarricense.** Su novela *El Moto* **publicada en 1900 ha sido considerada como la primer novela costarricense.** Afirmación que ha sido muy discutida en el medio literario nacional.

Es el director y editor de una revista que funcionó por 50 años, llamada *Repertorio Americano*. Esta revista permitió que autores y autoras de distintas regiones del país pudieran publicar sus textos literarios para de esta forma, darse a conocer.

El Moto es una novela interesante, que aunque planteada en el cuadro de costumbres, tiene como protagonista un muchacho huérfano, campesino claramente, y que tiene la novela como acontecimiento toda una trama entre el enamoramiento de este y Secundila Guillén.

Leamos un cuento...

Un domingo de ramos campesino

Joaquín García Monge

Hace poco tuve, amiga mía, un gallo junto a mi pieza. Hoy lo mataron y lo sentí, porque ya comenzaba a encariñar con él. No puedes figurarte qué placer más íntimo experimenté yo, escuchando su cantar sencillito en estas horas de nostalgia. Hacía muchos meses que en esta ciudad no llegaba a mis oídos el canto de un gallo.

Y tú bien sabes lo que un animal como éste significa para los que nacimos en la aldea. El gallo ha vivido en muchas impresiones mías de los años infantiles que fueron.

¿No lo viste alguna vez cantar tristísimo, cuando las campanas suavemente redoblan el toque de las ocho, en una noche blanca y sosegada del trópico? Y también ¿no viste cómo las mamacitas y ancianos buenos al oírlos cantar temprano dicen: “Esta noche tiembla o alguno se ha muerto”?

¡Con qué gusto en mis prolongados viajes sentía, al clarear de una mañana, ¡el clarín de paz y regocijo de los gallos que me anunciaban la proximidad de un techo hospitalario!

Pues bien, amiga mía, el gallo consabido me recordó aquellos días de la Semana Santa en ese terruño de mi amor. De mi cabeza huyeron, sin sentirlo, las ideas de un presente doloroso y se pobló mi memoria de las más dulces remembranzas de un pasado lejano, tan lindo como un sueño.

Créemelo, con el recuerdo me llegó el olor de la campiña costarricense que por estas tardes de Marzo recibe del cielo una llovizna refrescante que compensa los vivos calores del mediodía.

He visto las GUARIAS, con sus corolas violadas como la túnica del Nazareno, coronar el cansado tronco de los árboles añosos.

Hoy, Domingo de Ramos, a estas horas la gente campesina, muy acicalada, viene corriendito para la iglesia del pueblo. ¡Quién estuviera por allá para observar una ocasión más a las primorosas doncellas del campo y fijarse cómo, a la vista de las primeras viviendas, se abrigan con recato la cabeza en el rebozo de colores y se lavan los pies, hasta dejarlos muy blancos, en la fuente que circula al lugar!

¡Y cómo sonará el repiqueteo muy alegre de unas campanas! ¡Y cómo se verá por la calle larga de la villa el movimiento irregular de una muchedumbre que camina! Es que sacan a nuestro Señor del Triunfo de la morada de una señora que tú y yo conocemos. Recuerda. . . en aquel punto pernoctó el Señor y ahora lo conducen, con palmas, hacia el templo. A horcajadas va, de una tradicional borrica. ¡Cómo le crujirán

las coyunturas al santo con el ejercicio! En años anteriores le crujieron, ¿no es cierto? Los dos conocemos a la borrica de Nuestro Amo: es orejona, peluda y pequeña. ¡Cuánto la quisimos! vagabunda, se vivía en las propiedades de los vecinos. Me parece verla perdida entre la multitud sudorosa, que va rezando a media voz las oraciones.

Y por sobre el mar de cabezas, el Señor del Triunfo destaca su hermosa figura. Así tamaños sus ojos negríssimos y muy negra su barba. ¡Cómo brilla su cabellera postiza y engomada! ¡Su cabellera, no lo olvides! Tu madre te la recortó cuando eras niña, para dársela al santo, como el pago de una promesa ofrecida en horas de infortunio.

Recuerda que el Señor se detiene en su marcha triunfal, porque halla las puertas del templo cerradas. Cesa entonces el alborozo de las campanas y de la música. Se cambian unas frases y ceden los postigos. Entra el Señor, cuidadosamente lo bajan de su cabalgadura y lo colocan en el Huerto de los Olivos. A su vez, la turba se retira y lleva las palmas benditas. ¡Las palmas! aquellas que con quemarlas aplacan una tormenta y que por lo mismo precisa guardar en el armario o colocar con gracia en la pared.

También cuando éramos chicos nos quedábamos, como lo harán los de hoy, junto a la barandilla del Huerto. Este huele a ciprés y se engalana con las mejores piñas, naranjas y racimos, con las semillas tempranas que revientan en explosión de verdura. ¡Y cómo nos asustaba aquel San Pedro seriote y de patillas que tiene una espada en la diestra! ¡El mismo apóstol viejo y bonachón, a quien pocas semanas antes ni nos atrevíamos a mirar en lo alto de una mesa!

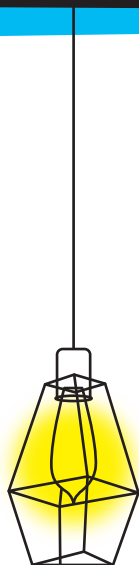
En cambio, ¡qué gustarnos aquel San Juan, con su carita de niño, con la vista al cielo, ¡con la copa en una mano! Si grandes hubiéramos sido, no permitiéramos que tuviesen de rodillas y en actitud suplicante al mismo Señor que días atrás estaba satisfactoriamente sentado en el sillón de su camarín, con la vista muy fija en los fieles.

No olvides este detalle del Huerto: los Gallos de la Pasión. De aquí los veo dormir, muy tristes, en el rincón oscuro del huerto, Ahora, seguramente, duermen sobre una pata y con la cabeza bajo el ala.

¿Recuerdas con qué respeto escuchábamos su canto ronco y prolongado, semejante al ruido en desorden de una cuerda de reloj que se rompe? Al concluir pegaban con el pico en el suelo. He aquí por qué siento que mataran el gallo consabido. Amiga mía: yo comenzaba a encariñar con él.



Carlos Gagini Chavarría



Escribió novelas y cuentos.

El árbol enfermo (1918), *La caída del águila* (1920) son dos novelas destacadas en sus producciones.

Además del diccionario de costarriqueñismos (1918).

Leamos uno de sus cuentos, que es del cuentario ***Cuentos Grises* (1918)** llamado...

La bruja de Miramar

Carlos Gagini Chavarría

Ni aún los más guapos del pueblo se atrevían a aventurarse de noche por la calleja del río, temerosos de aquella lucecilla que parpadeaba en la sombra como un ojo felino; y si algún labrador era sorprendido por la oscuridad al volver del abrevadero con su yunta, pasaba de prisa y persignándose delante de la casucha sin atreverse a mirar, por el ventanillo siempre abierto, la humilde estancia alumbrada por una vela de sebo, la mesa llena de potingues, el baúl desvencijado, la camilla de lona y el fogón donde se calentaba la frugal cena.

Sentada en un banquillo al lado de la mesa, una mujer cincuentona, de nariz aguileña, ojillos penetrantes y tupidas cejas grises, removía sin cesar el contenido de un mortero.

Llamábanla en Miramar la Tía Mónica y pasaba por bruja. Vivía absolutamente sola en aquella choza sin vecindario, cultivando de día una huerta de media hectárea y confeccionando de noche jabón de hiel, jarabes para la tos y otros menjures que junto con sus hortalizas iba a vender al pueblo dos veces por semana. Comprábanle sus artículos más por miedo que por caridad; y fue sin duda por alejarla de la aldea por lo que don Alonso, el dueño de los terrenos colindantes, insistía en comprarle la exigua finca. ¿Venderla? Ni por pienso. ¿Cómo deshacerse de una propiedad que le proporcionaba la subsistencia y le permitía vivir sin mendigar favores de nadie?

Allí veía deslizarse los años, siempre atareada y silenciosa, cada día más flaca y huraña, gastada prematuramente por las penas del alma y los achaques del cuerpo.

Pero cuando rendida del ajetreo diurno se echaba sobre su pobre lecho, una sonrisa de inefable dicha entreabría sus marchitos labios y parecía iluminar como una aurora las paredes de la estancia. Y es que no hay nadie, por infeliz que sea, que no tenga un recuerdo o una ilusión que mitigue sus penas ... Y la Tía Mónica tenía un hijo.

Quince años atrás, cuando vivía en la capital, se vio obligada a separarse de su brutal marido y a irse a Miramar, a aquella casita que le había legado una tía suya; pero su hijo único, su Jorge, fue reclamado por el padre y encerrado en un colegio, con orden expresa de evitar las visitas de la madre. Durante muchos años la pobre mujer se contentó con ir de cuando en cuando a la ciudad para contemplar a su hijo a través de la verja del patio de recreos, y con enviarle furtivamente dinero, dulces y cartas que nunca eran contestadas.

Al fin murió el tirano, cuando el niño, convertido en gallardo adolescente, iba a comenzar sus estudios en la escuela de comercio; y la Tía Mónica pudo entonces visitar con frecuencia a Jorge y enorgullecerse de costear su educación.

Por eso se ingeniaba de mil modos para afanar el dinero; por eso trabajaba noche y día sin importarle su quebrantada salud; por eso cuando dormía brillaba en sus labios una sonrisa. ¿Qué importaba que el joven recibiera con frialdad, casi con disgusto sus visitas?

¡Era natural! Estaba relacionado con las principales familias de San José y ¿qué dirían sus amigos si supiesen que era hijo de la bruja de Miramar?

* * *

Terminados sus estudios se encontró Jorge con un problema de más difícil solución. ¡No había plazas vacantes en los almacenes! En vano solicitó, recurrió a los amigos, a los avisos. ¡Nada! ¿Estaba, pues, condenado a morir de hambre en la capital? No, su madre velaba por él. Precisamente el señor Rodríguez, el tendero más acaudalado de Miramar, necesitaba un tenedor de libros. Por consejo de la Tía Mónica solicitó Jorge la plaza y la obtuvo, gracias a sus excelentes recomendaciones. Pero antes de trasladarse al pueblo manifestó a la pobre vieja la conveniencia de ocultar su parentesco: él alquilaría un cuartito y ella podría visitarle de noche. ¡Y ella que había soñado con arreglarle la única habitación de su casucha y tenerle siempre a su lado! ¡Paciencia! Sí... Jorge tenía razón... ¿Cómo conquistarse buena posición social, si los vecinos se enterasen de que era hijo de la bruja?

* * *

La acogida que le dispensó el señor Rodríguez no pudo ser más cordial: bien es verdad que a su competencia unía el joven cierta distinción de maneras y una formalidad que le captaban las simpatías de todos.

Poco a poco se granjeó la voluntad de su patrón y llegó a manejar todos los negocios de la casa.

Imposible pintar la satisfacción de la Tía Mónica al ver los progresos de su hijo y el legítimo orgullo con que oía a los vecinos ponderar las prendas del joven forastero. Habría dado los años de vida que le quedaban, por poder decir, a todo el mundo: «ese joven que tanto elogiáis es hijo de esta vieja y su educación es obra de esta pobre bruja!» Y en la imposibilidad de hacer tan imprudente revelación, la Tía Mónica se alejaba suspirando.

Su instinto maternal descubrió una noche un secreto importante. ¡Jorge estaba enamorado! Tenía el señor Rodríguez una hija bellísima y modesta—Anita—y entre ambos jóvenes brotó desde el primer momento una corriente de simpatía que la convivencia convirtió pronto en amor.

Estaba resuelto a confesarlo todo a su principal y a solicitar la mano de Anita; pero por consejos de la Tía Mónica aplazó su petición. Era preciso consolidar antes su posición en la casa, acabar de ganarse el cariño del jefe, y sobre todo ahorrar algo. Así lo hizo y el resultado confirmó la previsión de su madre. El señor Rodríguez aprobó aquellos amores y la boda quedó concertada para principios del año siguiente.

* * *

En diciembre se efectuaron las fiestas cívicas del pueblo, y a ellas concurrieron muchos forasteros entre los cuales se encontraban tres o cuatro calaveras de la capital, antiguos condiscípulos de Jorge. Este se creyó en el deber de obsequiarlos y fué a cenar con ellos después de la corrida de toros. En la sala contigua al comedor se jugaba fuerte, y nuestros amigos, excitados por el champaña, resolvieron probar fortuna. Esa tarde había cobrado Jorge quinientos colones de un deudor del señor Rodríguez, y los llevaba en el bolsillo por no haber tenido tiempo de guardarlos en la caja.

Trastornado por el licor y deslumbrado por los montones de oro y de billetes, jugó por primera vez, jugó toda la noche, y al amanecer había perdido cuanto llevaba, inclusive el dinero que no era suyo.

Cuando el aire de la mañana hubo refrescado su frente, pensó avergonzado en su calaverada y recordó con horror que dos días después era el balance anual de la tienda. ¿Cómo confesar su falta, su cadena de faltas a un hombre de tan rígidos principios? ¿Dónde conseguir aquel dinero si había invertido todas sus economías en los preparativos de boda?

Estaba perdido, irremisiblemente perdido . . . Posición, estimación, amor . . . todo se había hundido en el abismo de aquella noche fatal.

* * *

A las diez, cuando la Tía Mónica llegó sigilosamente al cuarto de su hijo, sintió helársele el corazón. Echado sobre el escritorio, en el cual se veían algunos pliegos recién escritos, Jorge sollozaba con el rostro oculto entre las manos. Sobre los papeles había un revólver cargado. A fuerza de caricias, de súplicas y de lágrimas la pobre mujer logró averiguar la causa de tan terrible determinación. ¡Cómo! ¡Si aquello no valía la pena!

¿No estaba allí su madre?

No, no había que menear la cabeza con desconfianza.

¿Qué estaba pensando? Ella tenía sus ahorros; si al día siguiente no estaba allí el dinero, podía él suicidarse si quería. Y así que le hizo jurar que no atentaría contra su vida hasta la noche siguiente y después de asegurarle de nuevo que para entonces traería los quinientos colones, la Tía Mónica se retiró llevándose el revólver.

* * *

Algunos curiosos la vieron otro día entrar con el rico don Alonso en la oficina del notario y salir luego con el rostro radiante de gozo y apretando algo bajo el raído pañolón. ¡Eran los quinientos colones en que había vendido su casa y su huerta que valían más de mil! Ocho días de plazo le había dado el comprador para desocupar la casa. ¿A dónde iría a refugiarse? ¿De qué viviría en adelante? ¿Qué importaban esas pequeñeces con tal de salvar el ídolo de su corazón?

* * *

Durante dos semanas la vieron por las calles del pueblo vendiendo potingues, pero ya no hortalizas, cada vez más flaca y tosiendo sin cesar. Su hijo ignoraba la venta de aquella heredad que ni siquiera conocía, e ignoraba también que su madre vivía en un cobertizo azotado por el viento y por la lluvia.

“¡Cuanto sufriría si lo supiera!” Pensaba la infeliz, cegada por su amor materno, sin comprender el profundo egoísmo de aquel hijo desnaturalizado.

Después... nadie la volvió a ver por las calles del pueblo. Devorada por la tisis, y postrada en el lecho, habría muerto abandonada si una vecina caritativa no le hubiese llevado de tarde en tarde algún socorro. Una esperanza galvanizaba aún su endeble cuerpo: la de presenciar la boda de su hijo y confundida entre el gentío verle salir del templo, dando el brazo a la gentil Anita.

Faltaban apenas ocho días...

¿Le concedería Dios tanta felicidad?

* * *

El viento de aquella sombría noche de Enero azotaba el rostro de los escasos transeúntes con una llovizna fría y penetrante como puntas de agujas.

A las once no se veía un alma en las calles ni una luz en las casas: solamente los balcones de un edificio de dos pisos frente al Mercado proyectaban sobre la plazoleta cuatro barras de luz dorada. Dentro resonaban los acordes de la música, el rumor de las carcajadas y el chocar de los vasos.

A la misma hora, por la callejuela del río avanzaba penosamente una sombra, se detenía de cuando en cuando para apoyarse en las paredes o sentarse en una piedra, y continuaba luego su camino, casi arrastrando, murmurando entre accesos de tos: “¡Dios mío, dame fuerzas para llegar!”

Más de media hora tardó en recorrer los trescientos metros que la separaban de aquellos balcones. Al llegar frente a ellos se dejó caer extenuada sobre la hierba...

¿Era sueño o realidad?

Al través de las vidrieras vio una lujosa mesa guarnecida de señoras y caballeros: en el sitio de honor una bellísima joven vestida de blanco y coronada de azahares bajaba los ojos ruborizada y sonriente, mientras a su lado un apuesto mancebo murmuraba a su oído palabras de amor.

Y la moribunda pensó enajenada que toda aquella felicidad era obra suya, que su misión estaba cumplida, y que el cielo la había otorgado la recompensa debida a su heroica abnegación...

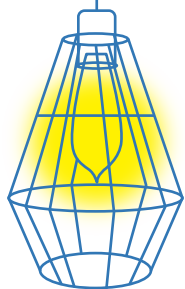
Y mientras en la sala continuaba el alegre concierto de la música y las risas, fuera la llovizna seguía cayendo, cayendo fría como el olvido y despiadada como el egoísmo.

* * *

A la mañana siguiente se encontró sobre la hierba de la plaza el cadáver de la Tía Mónica. Su rostro reflejaba aún en una inefable sonrisa la encantadora visión que tuvo al partir de este mundo.



María Leal de Noguera



Escritora de Santa Cruz Guanacaste. Escribe su libro Cuentos Viejos en 1923. Se trata de cuentos donde un Tío Conejo es el protagonista. Al lado de otros animales que son nominados tíos o tías. En estos cuentos Tío Conejo es un animal muy astuto, sagaz que siempre se sale con las suyas. El nombre de María Leal de Noguera es realmente poco conocido frente a otros autores que también hayan escrito sobre Tío Conejo. Sin embargo, rescatamos la figura de María Leal de Noguera por varias razones: la primera es que al no haber sido del Valle Central Costarricense realmente no tuvo la centralidad suficiente como para ser reconocida. Y lo segundo es que **su prosa es amable, agradable, accesible**, y si bien se piensa en la niñez como primer receptor de esta narrativa, en realidad se trata de una literatura para todos los lectores. Guanacaste la ha honrado y la ha sostenido dentro de la identidad local. Más ciertamente **es en todo Costa Rica que se debe leer y conocer el cuentario de María Leal de Noguera.** Los textos de Cuentos Viejos parecieran tener la fábula como herramienta narrativa dado que tiene a los animales como personajes y estos a su vez adquieren personificaciones humanas. Y que cuentan al final con una moraleja. Pero el cuentario se complementa con historias con otros espacios, en donde se puede encontrar palacios, caballeros entre otros elementos que ciertamente se van saliendo de ese cuadro de costumbres tan arraigado en la literatura costarricense.

Leamos La Mano Peluda...

La mano peluda

María Leal de Noguera

Cuentos Viejos, 1923

Éste era un viejecito que tenía tres hijas muy lindas; pero la menor era aún más bella porque tenía buen corazón y era muy humilde.

El viejecito había dado palabra de casar a sus hijas con el primero que pidiera su mano y por orden de edad.

Así fue; las dos mayores pronto contrajeron matrimonio con unos señores muy ricos y la menor aún permanecía soltera mucho tiempo después de haberse casado sus hermanas. Pero ella vivía muy contenta, cuidaba al viejecito con gran esmero, y adornaba diariamente la casa con flores, como si estuvieran de fiesta.

Un día, cuando menos lo esperaba el viejito, oyó una voz en el cielo raso que decía:

–Yo quiero casarme con tu hija menor.

El volvió la cabeza y se le apareció una mano peluda con tamañas uñas que parecía la del malo, y que volvió a decir:

–Yo soy la mano peluda y quiero casarme con tu hija menor.

El viejito no hallaba qué contestar; ya iba a decir que no le daba su niña, pero recordando la palabra dada, tuvo que decir que estaba bien, y la niña hermosa y buena tomó por marido aquella horrible mano.

Las bodas se celebraron en silencio, únicamente entre los familiares, porque así lo pidió la Mano Peluda. Terminada la ceremonia, dijo a la niña que al día siguiente mandaría por ella, que primero vendría una brisa suave y olorosa a arreglarle el cabello y el traje; después vendría un viento fuerte que esparciría flores en el camino y por último una tempestad.

Al amanecer del siguiente día, la niña se despidió de su padre con mucho pesar; se despidió también de sus flores y de los pajaritos de su jardín. Dicen que las flores se inclinaron marchitas y los pajaritos no volvieron a cantar.

No tardó la brisa en dejarse sentir suave y olorosa. Vino después un fuerte viento que regó de flores en camino y por último una gran tempestad que elevó a la niña como una pluma y sobre una nube la llenó de admiración. Como estaban abiertas puertas y ventanas y se oían acordes de una música divina, la joven entró, aunque poco temerosa, y viendo una cama muy bien arreglada, se acostó para descansar. No tardó en dormirse profundamente. Más tarde, cuando despertó, vio en una habitación inmediata una mesa bien provista, y oyó una voz en tono amable que le dijo:

–Hermosa joven, ven a saciar tu apetito con esos manjares; este palacio y todo lo que hay en él es tuyo; tú estarás

muy contenta siempre, pues serás complacida aun en los caprichos más insignificantes.

Acercóse la joven a la mesa; entonces dejóse oír de nuevo la música que hacía pensar en la gloria celestial. La niña estaba conmovida y pensaba en la soledad de su anciano padre.

Cuando fue de noche se acostó en la misma cama y sintió a su lado se acostó un animal semejante a una oveja; le dio mucho miedo y quiso huir, pero ¿Cómo? No había luz y todo estaba atrancado.

Al día siguiente recorrió todos los rincones del palacio buscando el animal, pero no vio señal alguna.

Pasaron muchos días y la joven no veía la Mano Peluda, pero oía su voz cariñosa que al hacía olvidar su soledad, y eran satisfechos sus menores caprichos.

Cierto día fue a darse una vuelta por el bosque, y se le apareció una viejita apoyada en una varita; era una buena hada que amaba las niñas buenas, y la cual le preguntó qué andaba haciendo por esos lugares; la niña le dijo que buscaba al esposo y le contó su historia. Al hada le cayó en gracia la joven y se compadeció de ella.

–Toma – dijo la niña – esta candela y esta caja de fósforos; cuando te acuestes y calcules que el animal esté dormido, enciende la candela.

Y el hada desapareció.

La niña tomó el consejo del hada, y cuando el animal estaba bien privado, encendió la candela... ¡Y va viendo que era un bello joven con rostro de ángel el que estaba ahí! Se quedó contemplándolo tamaño rato, y por casualidad cayeron tres gotas de cera en la frente del joven, el cual se despertó al momento y la niña cayó al suelo sin conocimiento; él corrió a levantarla, y cuando hubo vuelto en sí, le dijo:

–¡Niña hermosa, tú me has salvado...! ¡Yo soy el Príncipe de la dicha; en mi palacio, que hoy también es tuyo, viven todas las dichas del mundo! Una hada malévola, en venganza, me había convertido en una mano peluda para que todos huyeran de mí, y condenado a vivir así hasta que la bondad y constancia de una joven que se casara conmigo me dejara caer en la frente tres gotas de cera. Ésta es mi historia.

Cuando terminó de hablar el joven, se iluminó el palacio y se dejó oír de nuevo la música que llenaba de felicidad el alma de la niña.

Pronto fueron a visitar a las hermanas de la niña, y a traer al viejecito para que vivieran con ellos toda la vida en el hermoso Palacio de la Dicha.



Yolanda Oreamuno Unger



Yolanda Oreamuno **es ensayista, cuentista, novelista entre los años 30 y 40.**

Una escritura de avanzada frente a la literatura desarrollada por un sector altamente masculino donde las mujeres no eran mayoría.

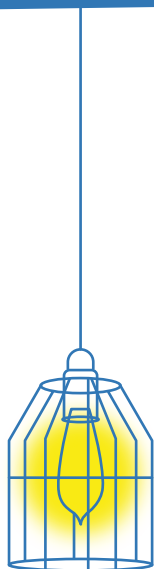
Yolanda no fue acogida por ese medio que patriarcal y machista no aceptaron las cualidades de esta mujer porque fue una adelantada a la época. Y ella se enfrenta a esos patriarcas. Pero le cuesta sentirse asfixiada por el país. Por lo cual se va para México despojada incluso de su hijo. Muriendo a los 40 años.

Escuchemos la lectura de este cuento a través del siguiente enlace:

<https://soundcloud.com/argonoide/la-lagartija-de-panza-blanca>



Eunice Odio Infante



Sus obras fueron publicadas en los siguientes años. *Los elementos terrestres* 1948, *Territorio del alba* 1953, *Tránsito de fuego* 1957, *Pasto de sueños* 1953, *Últimos poemas* 1972. Se destaca que en cuanto las fechas de publicación dependiendo de las fuentes aparecen varios años. Aparecen fechas distintas. Versiones distintas de las publicaciones. Sin embargo, las que se mencionan acá son las que mayormente coinciden con todo el material revisado.

Claramente Eunice es un nombre de los grandes en la literatura costarricense. Su obra ha sido rescatada, editada y publicada incluso a posterior de su muerte. Sobre ella se debe decir que desde que estaba en la época del colegio era una lectora de alto calibre. Se plantea que entre los años 1945 a 1947 publica poesía en *Repertorio Americano*. Estuvo muchos años viviendo en Guatemala, luego en México.

Contemplamos dentro de este corpus un poema y un cuento de esta escritora nacional...

Posesión en el sueño

Eunice Odio Infante

Ven
Amado

Te probaré con alegría.
Tú soñarás conmigo esta noche.

Tu cuerpo acabará
donde comience para mí
la hora de tu fertilidad y tu agonía;
y porque somos llenos de congoja
mi amor por ti ha nacido con tu pecho,
es que te amo en principio por tu boca.

Ven
Comeremos en el sitio de mi alma.

Antes que yo se te abrirá mi cuerpo
como mar despeñado y lleno
hasta el crepúsculo de peces.
Porque tú eres bello,
hermano mío,
eterno mío dulcísimo.

Tu cintura en que el día parpadea
llenando con su olor todas las cosas,
Tu decisión de amar,
de súbito,
desembocando inesperado a mi alma.

Tu sexo matinal
en que descansa el borde del mundo
y se dilata.

Ven

Te probaré con alegría.

Manojo de lámparas será a mis pies tu voz.

Hablaremos de tu cuerpo
con alegría purísima,
como niños desvelados a cuyo salto
fue descubierto apenas, otro niño,
y desnudado su incipiente arribo,
y conocido en su futura edad, total, sin diámetro,
en su corriente genital más próxima,
sin cauce, en apretada soledad.

Ven
Te probaré con alegría.

Tú soñarás conmigo esta noche,
y anudarán aromas caídos nuestras bocas.

Te poblaré de alondras y semanas
eternamente oscuras y desnudas.

El rastro de la mariposa

Eunice Odio Infante

—Teóricamente es posible —dijo Hans y cruzó el aposento agitándose de una manera indemostrable. Sonó un fuerte gloouuuu. Rafael miró el tubo de vidrio en forma de paraguas invertido, conectado a otros cuerpos vítreos, burbujeantes.

Hans se ajustó el cinturón sobre la túnica inmaculada; se acercó al laboratorio, reguló la válvula de vapor que escapaba en cantidades mínimas; fue hacia un rincón iluminado con luz que parecía no tener origen; abrió la puertecilla de la alacena empotrada en el muro; sacó un frasco de cristal y sirvió dos vasos de un líquido violeta.

—Tu elixir negro —musitó Hans con tono de creyente en oración, y alargó el vaso al pintor.

En vez de tomarlo, Rafael se puso en pie y miró con intensidad el líquido que Hans le ofrecía y que, al quedar expuesto a la luz, cambiaba adquiriendo un tono negro aceituna. Acercó los ojos a la superficie del vaso lleno, envuelta en llamas ondulantes de plata mercurial que volaban, de algún modo impalpables y, sin embargo, visibles en dimensiones mayores que su extraña esfera de acción. Su mirada pasó, involuntariamente, de las ondas de mercurio flamígero a la mano que sostenía el vaso. Sintió vértigo, al ver que la mano estaba interiormente alentada por la misma llama de mercurio, gaseoso y ondulante... ¿O todo era una ilusión? ¿No ardía el mercurio en las células de aquella mano? A su pesar alzó los ojos y encontró los de Hans.

Había en ellos una febrilidad mucho más intensa que la habitual. Y también... ¿O era otra ilusión?... El deseo de dar una respuesta. Pero Rafael nunca preguntaba nada. Ávidamente tomó el vaso, mientras la hoguera fría de la superficie crecía, y las llamas se fugaban, tomaban la forma de espiral, y se disolvían al contacto con el espacio de afuera.

Aunque tantas veces había sido testigo de esto que llamaba paisaje humano, nunca ante él dejaba de sentirse en un estado que no podía nombrar. Y pese a que innumerables veces había recibido aquella dádiva única, nunca antes había notado que, en la proximidad de la onda mercurial, la mano del sabio rebasara los límites corporales. ¿En presencia de quién, de qué estaba? ¿Cuántas veces se había hecho la misma pregunta?

En el fondo del vaso persistía una chispa de plata. Después de algunos instantes se apagó. Entonces apuró el primer sorbo. Conoció de nuevo aquel sabor que parecía deleitar a todas sus células, como si se convirtieran en cuerpos con órganos gustativos, encadenados en una misma atracción sensorial.

Paladeaba poco a poco y se embriagaba, con una embriaguez que nada tenía en común con la del vino, y sí con la que podía llamarse suprema energía de la conciencia. Pero no estaba solo ni con Hans. Junto con él, sentidas por él, sintiéndolo como contenido y no como continente, se embriagaban sus células, en ese gran delirio lúcido de la conciencia. Y de pronto cesó, tan súbitamente como se sale de un trance hipnótico sin dejar ni el menor rastro. ¿Cuánto duraba? Nunca supo la duración de ese estado indescifrable, por más que le hubiera sido fácil medirla (¿lo había sido, en verdad?), con sólo mirar su reloj en la muñeca. Pero no quería saber nada... Me repugnaba saber. Se me retrasarían los sentidos si pensara en la duración de una flor en lugar de mirarla.

—Teóricamente es posible —repitió Hans.

Es una idea fija —se dijo Rafael, irritado y fascinado a la vez. Levantó los ojos del gran topacio que reverberaba en el meñique izquierdo de Hans. Hans lo estaba mirando fijamente con aquellos ojos atigrados de lo que acecha sin saberlo.

—Lo mismo han querido otros, antes que tú —dijo Rafael. Crear un organismo viviente en toda su prodigiosa complejidad, desde la célula más simple hasta la de mayor complicación estructural, ha sido el sueño de una legión. Pero hasta ahora, lo único que han hecho es romperse las alas...

—Hasta ahora —interrumpió Hans levantando la voz— no lo han conseguido porque trabajan con instrumentos tan complicados como groseros... Y porque su saber es fragmentario. Para averiguar el secreto de la danza ritual a que se entregan las cromatinas, antes de la división celular, no basta un microscopio supe electrónico; no son suficientes sus bases teóricas y sus burdos colorantes. Para todo eso y otras cosas, hacen falta colorantes que hayan pasado por un proceso de ultra refinamiento continuo.

—Te refieres al método de refinamiento alquímico.

—¿Y a qué otra cosa podría referirme? ¡Claro que sí, hombre! La diferencia que hay entre los otros y yo, es que ellos trabajan con sustancias, y yo con la sustancia. ¡Microscopio ultra electrónico! ¡Y pensar que la existencia de ese chisme bastante inútil los asfixia de orgullo! ¡Pobre Dr. Nirenberg! ¡Créeme que casi me duelen las "hazañas" del pobrecito Dr. Pelo! No. No mi querido amigo. Para contemplar la sutileza intrínseca y, lo que es más importante, la fuerza secreta de la molécula de DNA, se requiere un aparato que funcione con fuerzas inmensas sutilizadas. ¿Me entiendes? Busquemos las cosas con los instrumentos adecuados.

¿Verdad que para examinar la diminuta marca de una cucharita de plata, utilizas una lupa potente y no el anteojito de un astígmata? Pero resulta que ellos buscan el ser, y aun su causa, con anteojos de larga vista.

—De acuerdo. O con palillos de dientes, convino Rafael y añadió: Pero, ¿qué es lo que te propones ahora? Preguntó porque parece que estas empeñado en decírmelo. Quiera o no quiera.

—¿No quieres oírme?

—Prefiero no oírte.

—Tienes que oírme... Y vas a oírme porque estás menos incomunicado que yo... porque tienes algún vínculo con algo... Porque hoy, precisamente hoy, necesito vincularme a todo trance... Porque necesito mostrar mi soberbia, no como un acto de contrición sino de humildad...

Hans hablaba con voz afónica, como siempre que lo subyugaba la emoción. Rafael, sacudido, se enderezó para escucharlo.

—¿Qué es lo que me propongo ahora?... Ahora... jm... ahora. Decir ahora es ignorarlo todo de mí... Pero no tienes la culpa. Yo mismo he vivido tantos siglos... que he olvidado mucho... ¡Ignoro ya tanto de mí!... Sí, no sabes. Nunca sabrás cuánto, porque hasta para mí eso tiene ya la categoría del misterio más profundo... Pero esto a nadie le interesa, ni siquiera a mí. Lo importante es que no sabría lo que sé si... Se necesita tiempo... Sí, sí, tiempo, querido, mucho tiempo...

Rafael miró aquella tez pálida pero fresca de Hans; su pelo renegrido y vivo; sus ojos de un joven de 40 años, atigrados y cambiantes como los de un iluminado. Por primera vez se sorprendió tomando en serio aquel frecuente decir de Hans: "¡He vivido tantos siglos!" Se preguntó una vez más a qué hora había acumulado este hombre tantos y tan complicados conocimientos. Aquello parecía milagroso. ¿Cómo se puede ser tan sabio a los cuarenta años? ¿Tenía Hans 40 años, 400 años, 1000 años? Sintió una necesidad de preguntar, rara en él; pero se contuvo. Tuvo conciencia de que Hans seguía su movimiento interior con los ojos que penetraban.

—¿Sabes otra razón para que tengas el honor y la obligación de oírme? Que no preguntas... Que puedes vivir en silencio y con deleite... Por eso eres uno de los pocos seres vivos a quienes casi amo... Y admiro.

Hans sonrió. Rafael no pudo evitar, ante aquella sonrisa vista por primera vez (ahora se daba cuenta de que nunca había visto sonreír, ni menos reír al Dr. Hans Arnim) que lo invadiera algo indefinible. Porque Hans Arnim se transfiguró. Aquella sonrisa lo transformó en ángel caído, profundamente seductor y perseguidor, con algo o mucho de los ángeles que perseveraron.

Era una revelación anonadante porque escondía otra: Este hombre debe haber amado alguna vez...

—Sí, escúchame bien — estaba diciendo Hans. Desde hace muchos, muchísimos años, busco el secreto de la mariposa... Quiero construir una, desde sus cimientos, hasta el punto límite de sus alas ¿Te causa estupefacción señor pintor, que no ambicione construir un hombre, célula por célula? ¿Te extraña que centre mi potencia y mi acto, en un ser aparentemente inferior al "gran rey de la creación"?

—No hay criaturas inferiores ni superiores. Sólo las hay distintas. La diferencia entre ellas reside sólo en grados de belleza.

—Exacto. Dicho precisamente: en la belleza de su esencia.

—Quieres ser igual a Dios.

—¿Y tú? —contestó Hans con otra pregunta, según su costumbre.

—En un tiempo busqué la iluminación —murmuró Rafael.

—¿Cuál es la diferencia?

—Tú apeteces el poder. Yo quise la integración de mi ser, infinitamente pequeño, en el Todo, infinitamente grande. Perseguí lo que tú, un día en la alquimia. Pero tú, por tu vía, no conseguirás lo que persigues. Yo por la mía, ya lo he conseguido.

—No me escuchas. Por eso desafías a un artista que no quiere y no puede aceptar el desafío.

—Permíteme ser pueril... ¿Quién que es no es pueril alguna vez?

—Eso no es puerilidad sino enajenación. Algo te ocurre, no raro sino extraordinario, para que monologues hasta el extremo de no ver que estoy empleando el verbo en pasado.

—¿No resolviste tu koan?

—No —dijo Rafael.

—¿Crees que lo harás?

—Creo que jamás lo resolveré. No soy ni nunca podré ser pintor zen. Siempre seré pintor a secas, inevitablemente pintor ante todo. Haga lo que haga, no logro desasirme del goce estético. Mi mente y mi espíritu no consiguen prenderse a la exaltación del koan, llamados por las apariciones de la belleza.

—¿Has renunciado?

—Sí —dijo Rafael sin amargura.

—¿Te duele?

—No, tengo la pintura. Por ese camino iré a alguna parte. Al fin se me abrirá una puerta, o varias; o ninguna; pero ese es mi camino y el que debo seguir... Mi error consistió en ir por el que no me pertenecía. Pero tal vez no fue un error, sino un movimiento necesario y previsto.

—¿Qué quieres decir?

-Durante dos años noté que cuanto más me internaba en la senda del koan, tanto más me ligaba al goce estético en sí, en vez de desligarme de él... hasta que me fundí con él en forma tal, que hemos llegado a ser una y la misma cosa... Yo... Un estado del alma, mientras sobre la tela hago nacer la animación que nunca cesa. Nada más quiero ni puedo ambicionar. El misterio del koan no me dijo el Nirvana, pero sí el centro de mi equilibrio en la tierra... Y presiento que algo más que tal vez nunca llegue a saber... Los designios del Altísimo son inescrutables.

-De modo que ahora eres solamente pintor -observó Hans recalcando los adverbios.

-Solamente pintor -dijo Rafael sonriendo con toda su cara fuerte y virginal, de un modo que a Hans le pareció burlón.

-¿Y no deseas más? -insistió Hans, sin querer darle importancia a la sonrisa burlona.

-No. Me conformo con goces más modestos. Creo que me he vuelto sumamente sabio. Quiero ser el prójimo de una libélula... O su par, cuando más. Pero nunca su padre material y espiritual. Estoy a salvo.

-¿A salvo de qué?

-No corro el riesgo de integrar la legión de los desesperados, que se quemaron las alas...

-Hans se arrojó. Su inmensa mano larga apresó la muñeca del pintor. Se miraron. Eran dos fuerzas poderosas que se repelían y atraían simultáneamente. La mano de Hans seguía apretando la muñeca del más que nunca enemigo.

-Escucha -dijo Hans-. ¿No sabes que todavía existe una multitud de moléculas desconocidas, y que yo conozco algunas de esas desconocidas moléculas? Y eso no es todo... Desde hace años las mentes científicas se preguntan, cómo se duplican los genes, miles de millones de veces, para poblar miles de millones de nuestras células... Y yo tengo la respuesta a esa extraordinaria pregunta... Sí, sí, querido mío... Yo la tengo... a ésa y a muchas otras... Por ejemplo, a una fundamental para la hechura de la mariposa.

Rafael se desasí del puño que rodeaba su muñeca como un torniquete; Hans se desabotonó el cuello de la túnica, mientras el sudor le escurría por la frente.

-Lo que sigue te lo diré en pocas palabras -dijo Hans, de pie frente al pintor, con los brazos cruzados sobre el pecho; los ojos ligeramente entrecerrados, como si quisiera concentrar su fuerza sobre Rafael.

-Lo que sigue es esto -prosiguió: como no ignoras, es la molécula maestra de DNA la que sabe cómo se hacen las uñas, el corazón, la piel y, en fin, todas las partes del organismo vivo; y es otra molécula proteínica, la de RNA, la que transmite a los ribosomas la información que le da la de

DNA, para que fabriquen las proteínas de que se componen los organismos vivos. También sabes que, hasta ahora, se ha ignorado el mecanismo molecular de informes, del DNA al RNA, y de éste a los ribosomas. Pues bien, ¿Te asombraría saber que lo he descubierto? ¿Te das cuenta de que quien sabe esto puede mucho?... Con esa clave en la mano, todo es un juego de niños... Sí, es puro juego de niños leer la cifra de aminoácidos, de una mariposa cuya especie se extinguió hace cinco mil años... ¡Criatura deliciosa! La encontré en un glaciar, hundida a poca profundidad... Buscaba otra cosa y la encontré a ella. Iba sólo y la encontré... y no lo que buscaba. Las alas transparentes, blancas, alargadas... De eso se trata... De... No, no imagines que quiero simplemente resucitarla... Se trata de hacer una copia de aquel animal que vivió hace miles de años... Hacer una de las que aún viven no tendría sentido... Por lo menos para mí... Esto no es todo lo que sé, pero que te baste... Por ahora. Sólo añadiré una última lección... ya sabes que lo que produce la luz de las luciérnagas es una enzima especial... También sabes que, durante siglos, el hombre se ha preguntado por qué y cómo vuelan ciertos animales... He logrado descubrir que este fenómeno, como el de la luz fría de los insectos, también se debe a una enzima especial... Y que la diferencia entre las alas de un pájaro y las de una mariposa, por ejemplo, tiene su causa en variaciones de las disposiciones geométricas de sustancias ultra puras... Si las ordenas en cierta forma, el resultado es un animal con alas de determinada especie. Es más... No sólo es ésa la clave de las alas, sino de la totalidad de criaturas vivientes. Cada parte de ellas también debe su función y su forma a determinadas disposiciones geométricas de la materia. La llamada "Cifra genética", por medio de la cual se comunican y obran el DNA, el RNA y los ribosomas, sólo es número y geometría pura... Dejé la alquimia cuando había llegado al penúltimo escalón, porque no me interesaba su fin último sino sus medios... Y porque llegó a fascinarme el movimiento de todo ser vivo... la multiplicidad de movimientos que ocurren en cada ser viviente... el juego atómico, la agitación molecular... la célula capaz de realizar dos mil actos diferentes por minuto y en la cual, por lo tanto, el tiempo queda desintegrado por la velocidad y simultaneidad de la moción que ocurre dentro de nosotros, y que ni siquiera sospechamos... Ésta es mi obsesión... El movimiento elevado a regiones matemáticas con las que sólo es posible soñar, porque los números que las rigen son una ecuación suprema. ¿Comprendes ahora por qué fui a la bioquímica, a la fisicoquímica, a la biología molecular y a otras cosas igualmente seductoras...? Lo demás era natural y llegó solo. No me importan los años de sufrimiento porque ahora sé...

Hans se inclinó súbitamente y dijo en voz baja, más afónica ahora, acercando los labios al oído de Rafael, como si alguien más pudiera oírlo:

–Voy a mostrarte algo. Nada importaría que hablaras de lo que vas a ver, porque no te creerían. Ven.

Llegaron ante una inmensa puerta de hierro. En la gran habitación abovedada, revestida de un metal que Rafael no pudo identificar, sólo había, en el centro, un aparato de grandes dimensiones que parecía... ¿A qué se parecía? ¿Tal vez a una enorme cámara fotográfica?

Rafael no pudo averiguar a qué se asemejaba el objeto, porque Hans presionó un botón y todo quedó a la vista. Lo que absorbió la atención de Rafael no fue la materia de aspecto vítreo, en la que sumergidos, se balanceaban como mecidos por la brisa, sobre estructuras semejantes a torres de alta tensión, unos discos de consistencia nebulosa. Algo aun más notable le hizo clavar los ojos en un punto: el espejo redondo, vertical, con apariencia líquida, sostenido por dos esferas; y un rayo de luz reflejado dentro del espejo. Hans presionó otro botón y la escena cambió... Iluminada por el rayo, surgió una forma geométrica que se movía simétricamente, con un ritmo cuántico, brotando descargas de luz blanca azulada.

–El átomo de carbono -explicó Hans-. La vida brotando de los electrones que forman su valencia... Estás mirando el átomo más poderoso de la tierra... La forma de donde nace la chispa vital... Verlo es contemplar el primer día de la creación. Detrás del espejo hay un laboratorio, donde realmente actúan varios átomos de carbono...

Rafael sintió vértigo al notar, súbitamente, que todo lo que miraba se había agrandado, hasta alcanzar proporciones enormes y llenar un espacio muchas veces mayor que el aposento donde se hallaban... Y que todas las formas contempladas se iluminaban con luz propia, dentro de una atmósfera negra y palpitante. Estremecido, volvió a fijar los ojos en el átomo centelleante que se movía dentro del espejo.

Regresaron al laboratorio mientras Rafael sentía que traballaba por dentro, invadido por una sensación de náusea.

Se despidió sin palabras. Salió al aire fresco de la caída de la noche, como si por primera vez penetrara en el mundo aparente en que se mueven los hombres. Sintió extrañeza de cuanto lo rodeaba. Casi no reconoció el almendro que siempre había estado a la derecha de la casa de Hans... Lo identificó momentos después, pero no supo su significado. Le costó trabajo persuadirse de que el farol del alumbrado no era una alucinación; que tampoco lo era el perro colilargo y orejón, echado en medio de la acera, con las patas delanteras colocadas paralelamente, igual que una esfinge.

Los objetos y seres se habían sumergido en la irrealidad del más acá. Decidió ir a pie hasta su casa. Tal vez así hallaría algo a que asirse... Algo que lo devolviera al mundo bello y simple a que pertenecía; aquel mundo con un velo echado, que no deja ver el misterio. Era necesario que lo hallara antes de dar vuelta a la llave en la puerta de su casa. Sentía que si se dormía en ese estado de conocimiento de la irrealidad profunda de la realidad, no despertaría siendo el mismo. Torció en dirección contraria a su casa. Se detuvo frente a una vitrina de un anticuario. Desde el centro de la vitrina lo miraba un personaje de Bizancio enmarcado en oro; un rey de copas que, con su palma derecha, sostenía un orbe en el centro del cual había un triángulo, dentro del cual miraba un ojo, y que, con su izquierda sostenía otro orbe transparente, dentro del cual fulgía un cetro. Rematando la esfera resplandecía una corona. El rey de copas extendió ambas manos, mientras los dos orbes giraban vertiginosamente. El rey de copas bajó uno de sus párpados; después, bajó el otro párpado. Los dos párpados llegaron al suelo. Rafael miró al interior de la tienda. El anticuario lo estaba espiando con ojos amables y un poco turbios. Rafael huyó caminando despacio; después echó a correr sin parar.

Exhausto, se detuvo bajo un árbol de la gran avenida, bastante solitaria a esas horas. Se apoyó en el enorme tronco y lanzó una mirada en torno; temía que lo vieran en ese estado; pero pronto se tranquilizó; el árbol daba mucha sombra y el transeúnte más cercano era un vendedor de periódicos que no parecía interesado en venderlos. El Correo de la Tarde con las últimas noticias de la expedición al...

Rafael vio que el niño sujetaba una hebra de hilo con la cual arrastraba... ¿Qué era aquello que serpeaba por el suelo sujeto al extremo del hilo? Un montoncito de hilo. El niño interrumpió intempestivamente su pregón casi inaudible y murmuró dirigiéndose al montoncito de hilo: “Ya verás, mi caballo, ya verás cuando lleguemos a la isla mágica, con el árbol que canta, el pájaro que habla como nosotros y las frutas de perlas riquísimas que...”

Rafael miraba fascinado al niño que se alejaba con su caballo –montoncito de hilo. Se sintió devuelto a la tierra; a la alegría de no participar abiertamente en lo desconocido. Casi abrumado de gozo, se encaminó al parque. Allí, varios hombres discutían sobre las próximas elecciones. Se sorprendió al darse cuenta de que escuchaba con atención, el debate político que nunca le había interesado. Por primera vez, ese día, sintió que era un hombre como todos. Estaba casi asfixiado de alegría súbita. Quería abrazar y besar a todos aquellos hombres del ágora.

—Cómprame los peces de colores -dijo la vocecita dejó un aro en el suelo y levantó la redoma.

—Dígame si no brillan -inquirió el niño levantando la redomilla de vidrio, para que brillara la luz del parque.

—Brillan mucho, y son hermosísimos. ¿De dónde vienen?

—De varios ríos y de un lugar llamado la India... que no existe -replicó el muchachito con la cara iluminada, ante la evolución de un lugar que no existe.

—No existe y por eso es maravilloso... y da peces de brillo y flores descomunales.

—¿Como de qué tamaño?

—Como del tamaño de la sombrilla de tu mamá.

—Mi mamá no tiene sombrilla, la única que si tiene es la señora de la floristería.

—Pues como del tamaño de la sombrilla de la señora de la floristería. -Rafael sacó un billete grande y nuevecito.

—Dame los peces de colores.

Rafael lo miró alejarse saltando y haciendo girar el aro. Soñó que había soñado que Hans lo transportaba a una atmósfera negra y palpitante. Despertó sobresaltado; volvió a sentirse enfermo, sin saber... pero no... Allí, sobre la mesa de dibujo, se agitaban los pececillos en la redoma. No había soñado.

Notó algo en su corazón... Como si hubiera aumentado de tamaño y le pesara. Estiró el brazo para tomar la bata. ¡Sintió los huesos de ese modo! ¿De cuál modo? Rafael trató de analizar aquella sensación. ¿Le dolían los huesos? No. No le dolían. ¿Le complacían? No, tampoco. Simplemente estaban ahí... Y no eran el dolor o el placer los que le daban conciencia de ellos. ¿Qué era entonces? Recordó que... Según creo era miércoles... No como desde el lunes... Tengo hipoestesia por ayuno... Eso es todo... ¡Que soy un necio!...

En el restaurante del parque, bastante solitario a esa hora, estaba la pareja de ancianos en la mesa de siempre. Ella muy dulce, con el gran lunar pintado en la mejilla y el sombrero alado para protegerse del sol. ¿O para qué era?

Tenía frío. Pidió vino tinto caliente. Notó que ya no sentía los huesos. Al saborear ese vino de la tierra, inocente y alegre, que nada decía a sus células, le pareció que era el mejor del mundo. Doctor Hans Arnim... Nunca volveré a tomar tu vino... Jamás desearé ese beneficio de duración efímera reservado a muy pocos... Te lo beberás con los demonios que te rondan, menos yo. Alzó el vaso, brindó con nadie o con el aire y dijo: ¡Salud! Notó que la ancianita lo miraba maliciosa a hurtadillas... Debe pensar que estoy loco... ¿Y qué? Yo también pienso que ella está loca.

El camarero esperaba. La verdad era que no tenía hambre.

—Tráigame cualquier cosa y el periódico.

Una mariposa azul pasó por el parque. Rafael apartó la mirada... ¡Otra vez Hans! -Se dijo irritado; pero un instante después la buscó a su pesar y la siguió absorto. De pronto le pareció que los pájaros y las flores... Que los árboles no eran árboles, sino metáforas de árboles que vivían muy lejos. El parque... El parque no estaba irreal en la forma acostumbrada. Los surtidores de la fuente cercana, ¿por qué sonaban distinta y separadamente, lo mismo que notas sincopadas?

Clavó los ojos en el periódico. La palabra le hizo el efecto de un rayo. Allí, en grandes letras, Hans. Desdobló el diario. Leyó: EXTRAÑA DESAPARICIÓN. La nota era breve. Decía: "Hoy, a eso de las tres de la madrugada, los vecinos del Dr. Hans Arnim fueron despertados por el ruido de una explosión. Más de 50 personas que salieron de sus casas a indagar, fueron sorprendidas por otra explosión, que parecía haber ocurrido en la casa del misterioso doctor.

Mientras uno de los curiosos fue a llamar a la policía, los demás se acercaron cautamente a la casa. Oyeron entonces, el crepitar de un incendio y observaron que las dos habitaciones que daban a la calle, se iluminaban intensamente.

Rafael transpiraba atornillado a la silla, sin casi poder comprender lo que leía. Prosiguió trabajosamente: "Los bomberos no perdieron tiempo y derribaron la puerta de entrada provistos de mangueras. No obstante, al entrar en las habitaciones 'incendiadas' completamente desiertas, comprobaron que no había tal incendio, aunque la temperatura que ahí reinaba era excesivamente alta.

Seguros de que el Dr. Arnim había sido víctima de algún accidente, lo buscaron por toda la casa y en el pequeño jardín del fondo, sin hallar ni rastros de él.

Por otra parte, con excepción de algunos vidrios rotos, no se apreciaron más daños.

Es posible que el Dr. Arnim haya estado ausente en el momento de la rara explosión, y del más aún raro 'incendio'; pero si fue así, ¿por qué no se halló ni el menor indicio del sabio?

El doctor vivía completamente solo. No se le conocen parientes ni entre sus papeles se ha podido encontrar ninguna pista en este sentido. Los vecinos han declarado que sólo de vez en cuando recibía visitas.

¿Qué hay en el fondo de esta misteriosa desaparición? La policía trabaja activamente en el caso".

El parque se había alejado. Era un parque visto a través de binoculares. ¿O era que los ojos se le habían hundido hasta el fondo del cerebro? ¿Quiénes, aparte de él mismo, eran los amigos de Hans Arnim? ¿Quién era Hans Arnim? ¿Dónde estaba? Rafael creyó saberlo.

El parque se había alejado. Allá, en el centro de las lentes, localizó a todos sus habitantes. Los animales y los vegetales se hallaban en sus ojos simultáneamente, como si estuvieran reunidos en sus pupilas; o como si él se hallara en todo lugar del parque al mismo tiempo. Se quedó quieto mientras lo iba invadiendo la conciencia abrumadora de todos sus huesos. Buscó algo que lo situara en el centro material de este parque, convertido en el centro del universo. Vio, nebulosamente, un plato que contenía algo, Halló, con sorpresa, que podía tomar el tenedor. Lo dejó a un lado con repugnancia. Si puedo tomar el tenedor, entonces... No se atrevió a afirmar: "puedo irme". Dijo simplemente: "Debo irme".

Puso un pie en el suelo con todas sus fuerzas. Se levantó por completo. Echó a caminar por el sendero, mientras el parque se alejaba, junto con él, como si ambos estuvieran siendo mirados por un tercero a través de un telescopio. Vio su casa allá, alejándose con cada paso que daba. Se alejaba como el parque y él. ¿Cuánto tardaría en llegar? Sin embargo avanzaba, pisaba firmemente, mirando muy bien dónde ponía el pie. Vio una hormiga allá, en el lejano fondo del suelo, pero no su propio pie... ¿Dónde está mi pie izquierdo? Notó que tampoco veía sus propios contornos claramente. Se dio cuenta de que sus huesos se le estaban aligerando. Atravesó la calle de un salto.

¿Quién estaba poniendo la llave en la cerradura de su puerta? ¡Era él! ¡Era él! ¡Al fin!

Entró. El hueso ilíaco se le había aligerado tanto, que tenía la delgadez de una oblea. Poco después quedó disuelto junto con todo su esqueleto que se diseminó por el cuarto. Ahora se sintió ligero, como el día, acariciado dentro de la carne. Su traje, que ya no contenía nada, cayó vacío al suelo. Trató de verse por fuera... No se veía nada. Se miró por dentro. Vio un agujero luminoso que era él.

Allí estaba el papel en su soporte y el pincel elástico. Se levantó del suelo, con un dedo se apoyó en el aire. Con mano que no sentía el esfuerzo tomó el pincel, lo mojó y empezó a trazar "el resumen de los más hermosos recuerdos de la vida". Se concentró en el punto máximo de una flor, y puso el amarillo cristalino que alegró a todos los animales. Pensó en los vientos que se llevaban los olores de todas las cosas, y las formas de todo lo que tocan, y los cantos de los peregrinos bajo el sol. Y fue creando el árbol infundido en el espíritu, resonante y perdido entre los animales que vuelan. Y aquel árbol estaba contenido en una flauta flamígera que asombraba a los viajeros.

Y de pronto se le aparecieron los cielos en cuerpo y alma. El pincel voló delante de la mano iluminada, la mano voló perseguida por un espíritu que brotaba del aire y del fuego y de la tierra y del agua, y tapizaba los muros de la mariposa y su gran desnudez suspendida. Blanca, móvil, extendida sobre el lecho del mundo, la mariposa despuntaba y variaba como el sol, relampagueando invisible entre los cánticos, en todo semejante a un palacio de burbujas. La seguía un escuadrón de seres espejeantes que reflejaban sus alas.

Estaba hecho. El pincel cayó de la mano.

Lo despertó la luz del sol que entraba por la ventana cerrada y el gozo profundo del día siguiente de la creación. Miró enajenado la hoja de papel... Se incorporó sobresaltado. Allí estaban el árbol y el amarillo que parecía que acabaría de pronto, lo mismo que la luz del día. La mariposa había desaparecido. Turbado, apartó los ojos de su obra. ¿Había soñado que pintaba una mariposa digna del sol? ¿Fue todo una ilusión del espíritu exacerbado?

Volvió a fijar los ojos en el cuadro y vio... Sí, no cabía duda... Sobre el amarillo semejante a una duración brevísima, había un vacío idéntico al cuerpo de la elegida. Ese era su contorno. En el lugar donde estuvieron sus alas, aún se veía una mancha luminosa. Se comprimió la cabeza con las manos. Estoy enfermo. ¡Desgraciado, desgraciado de ti, inferior a tus sueños! ¿Cómo pude pensar que era verdad esa materia en movimiento, ese paso, de la nada, a la movilidad perpetua del aire? ¡Dios, hazme, algún día idéntico a uno de mis sueños!

Se levantó abatido. Se acercó a la mesa para ver más de cerca. Sobre ella, en su soporte, lo miraba el árbol perdido entre los animales que vuelan. Se acercó aún más. Le pareció que la superficie de la mesa tenía un brillo insólito... Pero no indagó su causa, absorto en la contemplación de su obra... Sólo miraré el árbol y el espacio desierto... donde creí darle ánima... Ya nunca miraré nada más...

El brillo se concentró en un punto irisado y transparente. Fue entonces cuando se vio y se inclinó para mirar, con ojos de poseído. Allí estaba sólo eso: una crisálida irisada, transparente, rota hacía unos segundos, todavía húmeda.

Abrió la gran ventana y abatió los ojos, porque supo que no podría mirarla vivir.

En un instante, el pintor vio de nuevo su cuerpo. Él, como el rastro de la elegida, apareció en el mundo.



Max Jiménez Huete



Max Jiménez Huete **costarricense que hace literatura, escultura, pintura**. Su narrativa diverge de toda estética o línea desarrollada en el país. **Rompe todos los moldes constantes en la literatura costarricense**, llámese cuadro de costumbres, la finca como espacio narrativo, las gallinas de la hacienda, las tortillas, la olla de carne, el pan casero. Todo ese imaginario ubicado desde el costumbrismo. Este artista plantea más bien la narrativa de un pueblo deforme, decaído, en soñolencia, letargo como se puede leer en *El Jaúl* 1937. Ciertamente publicó mucho en el extranjero. Vivió mucho tiempo en París y en La Habana Cuba. Lo que plantea Max Jiménez en sus textos en realidad no fue bien recibido por el contexto costarricense de la época. Es una **literatura rebelde** que le llevó a ser celebrado en el extranjero, más no así en su propio país. Eso le generó desconcierto. Desarrolla no solo la literatura, sino el grabado, la pintura. De una personalidad compleja conforme fue pasó pasando el tiempo se agravó su adicción al alcohol, presentando también trastornos en su personalidad, depresiones profundas. Leyendo su literatura se puede ver de forma más clara el artista rompe moldes de una Costa Rica cerrada y con grupos que se hicieron llamar de élite como lo fue el llamado Olimpo, integrado por Pío Víquez, Aquileo Echeverría, Magón, Carlos Ganini, Manuel de Jesús Jiménez, Ricardo Fernández Guardia, Jenaro Cardona y que se dieron el permiso histórico de según ellos legitimar qué y cómo debía ser la llamada literatura costarricense. Contrario a la pluma rebelde de Max Jiménez.

La tarea es leer estos dos poemas de Max Jiménez del texto *Quijongo* 1933 comentando lo que plantea el hablante lírico en cada uno de los poemas en términos de espacio lírico del poema (cómo es y qué plantea), personaje y qué se plantea en el acontecimiento lírico de los textos.

Mi fastidio

Max Jiménez Huete

Como entrar en un túnel que no tiene salida,
como si el mundo fuera de un solo color,
sin que nadie se ausente eterna despedida
de mi propio fastidio cansado espectador.

Un no encontrar salientes en la rocosa vida
que justifique en algo nuestra razón de ser,
Empeño en llenar odres que no han de dar medida;
jornada eternamente, desde antes de nacer.

Hachazos oigo en el árbol: severo he de caer.

Una oración

Max Jiménez Huete

Señor, no puedo ya en la vida soportar este fardo;
me has dado más tristezas de las que yo puedo llevar.
Yo ha mucho, mucho, mucho, que cultivo sólo el cardo.
Señor Omnipotente, yo quiero que me dejes un rato descansar.

Yo he oído que el mundo que Tú hiciste de lodo,
y que, seguramente, Tú has amasado en llanto,
a más de noche oscura diste la luz solar,
del huerto de tus penas ya me has dado el acanto.
Señor Omnipotente, yo quiero descansar.

Fuente del texto: <https://benevquez.typepad.com/blog/2010/11/max-jim%C3%A9nez-huete.html>



Carlos Salazar Herrera



Profesor de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Costa Rica, publica para el año de 1947 su libro más importante llamado...

Cuentos de Angustias y Paisajes. Un cuentario cuyo lenguaje plástico plantea cada cuento casi como un cuadro en movimiento. Narraciones que posicionan este libro a día de hoy como texto referente de la literatura costarricense. Entrando casi a los años 50 los escenarios son indígenas, de montañas, ríos y con ciertos tonos lúgubres en donde como lo dice el mismo nombre del texto la angustia permea en cada uno de los relatos.

¿Qué hace que luego de tantas décadas el cuentario siga siendo un referente de la literatura? Se pueden añadir miles de categorías. Porque el texto da para mucho. Pero se planteará la narrativa profunda, sencilla a la hora de relatar y lo triste como elementos bien contruidos que sostienen el desarrollo de los argumentos narrativos.

Leamos el cuento *Un matoneado...*

El matoneado

Carlos Salazar Herrera

Ya nada tenía que pensar. Todo estaba pensado ya.

Eran las cinco y media de la tarde.

Gabriel Sánchez, escondido en el matorral, abrazando su carabina, acechaba la vuelta del atajo por donde solía pasar todos los días Rafael Cabrera, a las seis de la tarde, cuando iba para su casa.

¡Todo estaba pensado ya!

Gabriel dispararía, distante a ochenta pasos largos del corte caminero que da la vuelta al Cerro de los Pavones.

Allá, el camino solitario y confianzudo.

Aquí, el matorral encubridor y agazapado.

Por allá pasaría Cabrera.

Por aquí dispararía Gabriel.

"¡Las pagarás todas juntas!", habíase dicho, y estaba dispuesto a cumplir su palabra.

Algún tiempo atrás, en una armería cualquiera adquirió la carabina, cuya posesión mantuvo ignorada para todos, oculta en la montaña, bajo unas cortezas impermeables.

¡Todo estaba pensado ya! No cometería torpeza alguna que pudiera delatarlo. Para eso había calculado todos sus proyectos hasta la saciedad.

Y ahora, sentado sobre los talones, acariciando el arma, esperaba y esperaba, sin apartar la vista del recodo del camino.

Había decidido matonear a Rafael Cabrera, y para matonearlo estaba allí, inconmovible, como un monolito.

"¡Las pagarás todas juntas!"

Escondíase, grande y rojo, el sol de marzo.

Por fin, allá, al despuntar la vuelta del Cerro de los Pavones, con un fondo luminoso de celajes, apareció la silueta del otro.

Gabriel miró su reloj. Eran las seis en punto de la tarde.

¡Cumpliría su palabra!... Ya era cosa de unos segundos.

Entonces empezó a oír apresuradamente sus palpitaciones, y se enojó con su débil corazón.

Frente a él, a dos palmos, vio un racimo sazón de moras; arrancó unas cuantas y se las echó a la boca. Luego las escupió... porque no eran moras.

Aquél había llegado al lugar elegido para matarlo.

Éste se puso la culata al hombro, sostuvo el resuello apuntando con toda precisión...y disparó. El eco repitió el carabinazo.

Aquél se llevó las manos al pecho y cayó violentamente, rodando luego por un pequeño declive, donde quedó boca abajo, hundido en el polvo.

Gabriel Sánchez se alegró de haberlo matado, y comenzó a realizar su plan de regreso.

Bajó por un despeñadero hasta la orilla del río, en cuya profundidad arrojó la carabina. Halló luego la canoa, que días antes había escondido entre las breñas de la ribera, y la puso a flote.

Remó. Remó usando toda la fortaleza de sus músculos, para librarse, bien pronto, de tan franca cortadura.

Alcanzada la ribera opuesta, abandonó la canoa a la voluntad del río y se meió en la selva.

Ahora iba lento y sosegado, como si nada hubiera ocurrido. No pensaba siquiera en lo que había hecho. Eso lo dejaba para después.

Un pájaro bobo lo siguió largo rato, saltando de árbol en árbol, hasta que se volvió cansado de aquel hombre sin importancia.

El hombre sin importancia acabó de atravesar la selva y salió a un campo de pasto; después al camino carretero, ancho y sabroso.

Llegó a su casa, regocijadamente. Nadie había. Envolvió una toma de picadura de tabaco en un recorte de papel amarillo y le dio fuego, chupándolo hasta colmar los pulmones.

¡Nadie lo había visto!

Echóse sobre una hamaca y sopló una columna de humo. Entró la noche.

Fue cuando se dio a gustar la venganza a su sabor, gozándose del acierto de todo, y de su dominio contra la flaca naturaleza de los nervios.

Necesitó luego fortalecer su conciencia con las poderosas razones que tuvo para matar, llevando a su memoria los motivos que originaron aquel juramento: "¡Las pagarás todas juntas!"

¡Rafael Cabrera estaba ahora muerto!... ¡Él lo había querido!... ¡Se lo había ganado!... ¡No faltaba más!...

Y así, echado boca arriba, con las manos enlazadas debajo de la nuca, estuvo largo rato, desgranando una mazorca de recuerdos viejos.

De pronto, recordó que él solía ir por las noches, a esas horas, al comisariato del chino Acón, donde llegaban a conversar los peones y patronos de las haciendas vecinas.

La ausencia suya en el comisariato, podría dar lugar a una sospecha. Por otra parte, su hermano no tardaría en llegar, sorprendiéndose, seguramente, de encontrarlo metido en la casa, lo cual originaría una pregunta que resolvió evitar.

Era preciso considerarlo todo. Hasta los más despreciables detalles, ahora y en el futuro, podrían ser una imprudencia.

Entonces Gabriel comprendió que, en cierto modo, había perdido su libertad.

Se dirigió al comisariato del chino Acón, igual que todas las noches, a charlar un rato con los peones.

Allí, posiblemente se comentaba ya el asesinato de Cabrera.

Gabriel debería escuchar la noticia con asombro. Quizás reprocharía indignado el crimen. Quizás agregaría luego con fingida tristeza: “¡Pobre señor Cabrera!... ¡No hay derecho para matar!...

Iba caminando a paso lento, bajo la noche y entre los grillos.

Resolvió desembarazarse en el camino de un fardo de cosas por pensar, pero la carga se le hizo más pesada con una angustia, que no supo por qué, se le encajó encima. Perdía la serenidad conforme se acercaba al grupo de sus amigos.

Tuvo la impresión de que llevaba marcada en el semblante, la tremenda verdad que quería encubrir. Tuvo el temor de que sus propios ojos lo fueran a delatar. Sintió miedo de que él mismo, inesperadamente y contra su propia voluntad, fuera a contarle todo, víctima de una turbación.

Quiso arrancarse de golpe aquellas inquietudes... pero ya no pudo. Nuevos temores se le incrustaron en el cerebro.

“¿Alguien vería el humo de la pólvora?... ¿Alguien lo miraría bajar por el despeñadero? ¿Arrojar la carabina al río? ¿Remar en la canoa? ¿Echarla a la deriva? ¿Atravesar la selva? ¿Cruzar el pastizal?... Aquel pájaro bobo que lo siguió largo rato, ¿sería capaz de contar algo?

Y se echó a reír; luego se asustó de oírse riendo.

“No, nadie lo sabía. Todo fue un acierto. ¡Era preciso matar!... Y ahora Rafael Cabrera es un cadáver, tirado en la vuelta del Cerro de los Pavones.”

Miró el reloj. Eran las ocho recién pasadas. Y echándose las manos en los bolsillos con aire indiferente...

Entró en el comisariato del chino Acón.

El comisariato del chino Acón estaba lleno de gente. Gabriel saludó a los muchachos rozando con sus dedos el ala del sombrero, y se fue a sentar en un ángulo de la tienda, sobre unos cajones con mercaderías.

Encendió un cigarrillo y, al levantar la vista, notó que varios peones lo miraban con marcada insistencia.

Un hervor de sangre le recorrió, atropelladamente, todo el cuerpo.

Observó que entre todos los peones se había hecho un silencio lleno de crueldad. A las miradas de aquéllos, se unieron las de otros, y otros, y otros más.

Tembló.

Se le helaron las manos y comenzó a sudar.

Algunos hombres comentaron algo en voz baja, mientras lo miraban de soslayo con aire misterioso. Después... ¡nada!...

Se oía el silencio.

Gabriel creyó necesario sonreír. Fue una risa dolorosa, estrujada por el miedo. Notó que le temblaban los ángulos de la boca. Se dio cuenta de que no tenía fuerzas para hablar ni para moverse: que no tenía valor, ni siquiera, para quedarse allí mismo, inmóvil.

El Jefe Político acababa de entrar, y Gabriel Sánchez pudo oír que dos o tres veces le decían sucesivamente:

—A usted le toca decírselo.

El Jefe Político se adelantó con paso lento en dirección a Gabriel, seguido de algunos hombres.

En aquel momento, Gabriel reaccionó... ¡Lo negaría todo! Además, nadie podría probarle nada porque... ¡no hubo error alguno! ¡Estaba seguro!

Levantó la cabeza y se llenó de magnificencia.

—Gabriel —dijo el Jefe Político—, venga usted conmigo.

Y ya afuera del comisariato, con voz piadosa:

—Hará poco más o menos dos horas, matonearon a su hermano en la vuelta del Cerro de los Pavones.



Fabián Dobles Rodríguez



Escribió en los géneros de cuento y novela. *Historias de Tata Mundo* es una de sus obras más conocidas del año 1955. Se ha planteado desde los distintos análisis que hacen de sus textos que su narrativa se destaca por el planteamiento de preocupaciones sociales, manifiestas en su literatura.

Fabián Dobles es un escritor que pertenece a lo que la historiografía literaria ha estudiado como la **Generación del 40**. Sus publicaciones, todas han sido destacadas en plano nacional como exterior.

Sus textos son *Ese que llaman pueblo* 1942. *Aguas turbias* 1943, *Tú, voz de sombra*, 1944. *Una burbuja en el limbo*, 1946. *La rescoldera*, 1947. *Verdad del agua y del viento*, 1949. *El sitio de las abras*, 1950. *Historias de Tata Mundo*, 1955. *El jaspe*, 1955. *El maijú y otras historias de Tata Mundo*, 1957. *Targúa*, 1960. *Los leños vivos*, 1962. *El violín y la chatarra*, 1966. *Yerbamar*, 1966. *En el San Juan hay un tiburón*, 1967. *Cuentos*, 1985. *La pesadilla y otros cuentos*, 1985.

A continuación de toma en cuenta para este corpus literario, el **ensayo que tanto se referenció sobre él...**

¡Alerta, Ustedes!

Fabián Dobles Rodríguez

«Si ves pan o comida dentro del horno o sobre la cocina, no *trates* de cogerlos. ¡Podrás quemarte! Mejor *pedíle* a un adulto que los alcance» (subrayado mío).

Ese consejo aparece así escrito en el suplemento *Aprendamos*, no 29, del martes 7 de setiembre de 1993, del diario *La República*, y lo da Consejito, personaje infantil graciosamente concebido y dibujado para los niños.

Curiosa casualidad que la «desconcordada» coexistencia de la forma verbal «trates» y «pedíle» (que tildo en la *i* por ser inclítica y así debe ser) aparezca a continuación de un artículo titulado «¿Qué significa independencia?», publicado a propósito de la conmemoración cercana del 15 de setiembre y donde acababa de leer entre otros valiosos pensamientos uno que dice: «Igualmente, nuestra cultura es mancillada día a día a través de la pérdida de nuestra identidad cultural». El artículo todo, por cierto, merece leerse: es un vibrante llamado a comprender a fondo por qué la decadencia de la identidad nacional y la necesidad de atajarla y luchar por una verdadera patria soberana en todos sus aspectos. Y si ahora prosigo con la discordancia entre *trates* y *pedíle*, síntoma de «débil conciencia nacional», de la que precisamente se lamenta el artículo citado, idiomáticamente en este caso, no se debe a voluntad de afear ni deslucir el aludido suplemento y menos la muy eficaz intención del artículo donde se quiere sacudir a mentes y arrebatarse a corazones para fortalecer esa conciencia de identidad e independencia, sino para contribuir a este «¡Alerta, ustedes los todavía costarricenses de cepa!», desde mi posición de escritor centinela que ha intentado escudriñar la vida de sus paisanos y la suya propia como uno de ellos, incluida como prioridad vital su parla de todos los días —indivisible en cada ser humano de su pensar, sentir, recordar y soñar—, donde la función y presencia del verbo predominan sobre todo los demás porque es el movimiento y la acción.

En el «consejo» antes apuntado, *trates* es forma de tuteo y *decíle* del voseo. La confusión que aquí se evidencia puede parecer —en la actualidad y no sé si para todavía pocos o ya muchos compatriotas— inofensiva o intrascendente, sobre todo a los ya aplanados por la infracultura del «portamí». Más como acuse de recibido de cuanto puede estar sucediendo psicosocialmente en nuestro país y, peor aún, dentro de su alma profunda nacional, me parece grave

corrosión interna demostrativa de que, al par de suplantaciones, despojos, arrinconamientos, robos descarados, aplastamientos, domesticaciones y tantas otras calamidades en los campos económicos, social, político, ecológico, moral y religioso, también nos están arrastrando desde fuera a ser y sentirnos al conjugarnos los unos parlados con los otros, extraños y ajenos a lo que somos y traemos del pasado.

¿No le ha sucedido a usted que al atendérselo en alguna tienda del centro comercial de San José o de Alajuela, alguna vendedora de origen probablemente campesino lo tutee lisa y llanamente («¿Quieres que te la alcance?; fíjate qué tela más fina...»), como en las telenovelas cotidianas? A mí sí, y me he quedado tartamudo. Quizá se llame Yorleni, Evelyn o Jennifer y pertenezca a la legión de nueva nomenclatura inglesa que viene del Registro Civil y los libros parroquiales de unos decenios a esta parte como otro síntoma-plaga de la enajenación de la cultura de nuestro asediado y casi indefenso país, cuyos habitantes últimamente se caracterizan en proporción cada día mayor por su falta de personalidad cultural e idiomática. Se me ocurre aquí preguntar si habrá todavía periodistas que no escriban, al modo rioplatense, ese ajeno *recién* que «recién en los últimos años» nos ha llovido desde el cono sur y que a lo mejor debe de parecerles una novedad estilística que ignoraban y «recién descubren»; o bien cuántos estarán enterrados de que *iniciar* nunca fue verbo intransitivo, como sí lo son *empezar*, *comenzar*, por lo que no se debe escribir «el partido inició a las once», sino obligadamente «se inició», ya que no hablamos inglés; todavía hablamos el español dialectal costarricense, donde aún podemos solazarnos con nuestras venerables formas reflejas o cuasirreflejas, riqueza de que no disponen algunas otras lenguas. Y aunque estos últimos apuntes parecen desviarse del meollo de mi artículo, los menciono —al igual que podría hacerse con otros similares casos— como hincapié en nuestra flojera colectiva para sostenernos en lo que nos pertenece y caracteriza, sin doblegar la cerviz ante cualesquiera novedades forasteras, a las que con tan siniesca debilidad se tiende a imitar.

En un cuento muy conocido y muy costarricense, pero también iberoamericano y universal, leemos:

—Pues te me quitás de aquí ya, ya, si no querés que salga de vos ahora mismo; y cuidadito con volver a asomar la nariz por aquí, porque te va a saber feo. Este yurro es mío y pedile a Dios que no me arrepienta de dejarte ir.

Tío Tigre se las pintó sin esperar...

¿Pueden ustedes imaginarse a Tío Conejo diciendo «quitas», «quieres», «salga de ti», «pídele a Dios»? Sueñen por unos momentos con una conchería de Aquileo romancedada en «tú» y en «ti», o con los bananeros de Fallas o el palmitero de Max Jiménez diciendo «entiendes» por «entendés» o «dinos» por «decínos»; bueno, se sentirán en cualquier país menos Costa Rica.

Mas no es sólo asunto de pueblo llano, sino cosa de arriba abajo y abajo arriba. Vayan si no y se lo preguntan al maestro de la novela *Juan Varela* pero asimismo a don Federico, el muy señor burgués bananero de *Murámonos Federico*, y también a la Tía Tula y los cafetaleros «levas» de *Los molinos de Dios*, por citar narraciones de las más sobresalientes y conocidas de antes y de ahora donde, como en otras tantas a su vez renombradas, se hace vivir literariamente a nuestra gente en diversas circunstancias y tiempos y zonas sociales. Si no se tratan de «usted», en relación de confianza entre amigos o cariñosamente lo corriente y normal es tratarse de «vos», como de padres a hijos o entre hermanos; a veces, hasta entre desconocidos que al relacionarse se sienten iguales. De ese modo, son como son, y si no no son; es decir, no somos. Su lenguaje natural espontáneo así se lo manda para expresarse, como cifra y suma que este constituye de cultura histórica y memoria colectiva integrada, porque el voseo es signo que nos identifica y diferencia, por de fuera, en la forma, mas, desde muy adentro, en la sustancia psicológica.

Ah, pero sin embargo ahora está aconteciendo que hasta la Virgen de Sarapiquí, a juzgar por el rosario de ingenuidades y rarezas que se pueden leer o escuchar en diversas informaciones públicas, no trata de «vos» a su iluminado mensajero. Por lo visto, en las alturas celestiales están mal enterados de que nuestro país, fraguado históricamente por pobres y pobretones pobladores-hidalgüelos, por Ley de Indias «caballeros», campeó y se impulsó el tratamiento de segunda persona en plural ficticio, como aconteció en el inglés con el *you* y en el francés con el *vous*, claro indicio histórico-lingüístico, según autorizadas opiniones, de una movilización social clasista de tendencia niveladora con tras histórico-lingüístico, según autorizadas opiniones, de una

movilización social clasista de tendencia niveladora con trasfondo democrático o democratizador, en sentido adverso al espíritu servil y al dominio noble sobre los plebeyos.

Y ya que de Vírgenes y Sarapiquíes decimos, pensemos si este novedoso o novelero fenómeno recién aparecido en Costa Rica (del que sociólogos, teólogos y hasta llanos sacristanes escribientes se hallan muy ocupados discutiendo) en clara competencia de clientela para con la costarricense Señora de los Angeles, que tanto nos significa a los aquí bien nacidos y criados por humildosita y popular, no será en el fondo también ostentosa y bien publicitada muestra más de la que califique débil personalidad nacional; en este caso, reflejada en el campo religioso, tan susceptible a supercherías e influjos disolventes que provienen de presiones ajenas a lo que nos autentica o autenticaba como conglomerado humano. Obsérvese cómo a nuestra Virgen de extracción popular, oscura piedra plebeya y connotación indígena y mestiza, se le enfrenta de buenas a primeras otra, pero solemne y de aparente poder solar, producto de la que podría catalogarse «transnacional de las apariciones marianas», estas siempre de atuendo celeste y semblante caucásico-eurocéntrico, clara señal de aculturación no ajena en la psicología social a tantos otros fenómenos colectivos a menudo sicóticos que se dan y repiten en la gama de los grandes espectáculos modernos, llenos de estímulos multiplicadores productos de efectos especiales donde no faltan los alucinantes juegos de luces y escarcha luminotécnicas.

Bueno, es verdad: el desarrollo cultural se nutre globalmente de un irrefrenable toma y daca histórico en movimientos continuo, donde se supone que unos y otros pueblos, estas y aquellas regiones de la tierra, trasladándose de un modo y de otro en el tiempo y el espacio, se influyen recíprocamente e intercambian sus grandes y pequeños hallazgos culturales (hablando a macrohistórico rasgos y sin excluir lo negativo junto a lo positivo), de manera y pese a tantos desgraciados encontronazos y pérdidas a la corta de los unos o los otros, que es la humanidad toda quien acumula, suma, multiplica y gana, a la larga, y así se enriquece culturalmente.

Sólo que las naciones como la nuestra, especialmente en estos acelerados tiempos de los enormes saltos científicos y tecnológicos y las intercomunicaciones ensordecedoras en poder de los grandes imperios dominantes, llevan por pequeñas y débiles las de perder, al igual que lo arrastran en los mezquinos y sucios campos de la economía y las finanzas internacionales, si no adquieren conciencia plena de sí

mismas y defienden su personería profunda en este perenne proceso de asimilación e intercambio cultural, en el fondo necesario y fructífero considerado como totalidad en marcha hacia el futuro, mas también capaz de borrarlos de la faz del planeta como ser nacional con nombre auténtico propio.

Casos curiosos hay en nuestra historia para hacernos temer lo que podría acontecer como pueblo al que con facilidad se lo logra hacer pasar por inocente hasta el extremo de creer a pie juntillas suya y solo una canción, la *Patriótica costarricense*, donde se canta «a la sombra crecí de tu palma, tus sabanas corrí siendo niño», pero en cambio no hay mención ninguna a montaña, volcán ni río, aunque sí una alusión a «los goces de Europa» que no encaja para nada en un país sin familias terratenientes ausentistas ni millonaria burguesía peninsular o afrancesada. Y todo el mundo tan campante. En este caso (canción llegada de Cuba, probablemente a fines del pasado siglo) este ingenuo *adueñamiento* no ha hecho más daño, si lo hubiera, que exhibirnos como país sencillo y despistado. Lo traigo, no obstante, a cuento porque hoy en día todo hace pensar que de un modo y de otro una cúpula poderosa que en mucho ha perdido autenticidad nacional y se identifica predominantemente con una posición subjetiva transnacionalista, influye en todos los aspectos de la vida nacional y parece estar cambiándole la fisonomía interna a mucha gente sencilla que de nada de esto es responsable, haciéndole pasar todos los días por inocente para que crea que es liebre el gato.

Tal minoría piensa y siente, más que en español, en inglés, independientemente de hablarlo o no. Hace algunos decenios se asomó a la prensa de que a Costa Rica le convendría convertirse en Estado Libre Asociado, al modo portorriqueño.

Aunque, si no recuerdo mal, a la atrevida sugerencia no le soplaron notorios vientos favorables por su apariencia ligera y superficial, creo que esta superficialidad llevada ya en sí la cabecita de un iceberg oculto en las turbias aguas político-sociales de aquellos días. Y si ahora lo menciono es porque de igual manera piensa y quisiera actuar, o de hecho actúa, consciente o inconsciente, la más predominante mayoría de esa cúpula privilegiadamente influyente, caracterizada, matices más, matices menos, por importarle muy poco el destino de Costa Rica como nación y pueblo con personalidad propia, crecimiento diversificado y sano y perspectiva feliz, porque su cuenta bancaria y la bienandanza y medro de su círculo y su clase están primero.

Bajo su dominio casi total se hallan lo más poderosos medios de comunicación social que también —matices más, matices menos— obedecen a sus apetitos económicos, políticos y «culturales»; la televisión en primer lugar, instrumento de comunicación audiovisual el más aplastante y deformador que, por más costoso y difícil de ser competido, resulta la más, más y más —matices apenas menos— la mayoría enlatados desde las grandes urbes de la violencia, el crimen, las mafias, la internacional antiestética de la glotonería espasmódico-musical y tantas cacomaniáticas carcajadas que ningún genio del mal, ni aun proponiéndoselo con toda intención, lograría concebir y diseñar mejor para seducir, disolver y despedazar almas adolescentes ávidas de estímulos.

Todo lo anterior, apenas un esbozo de tantos envoltorios dentro de los cuales se le sirven a nuestra gente formas y contenidos no siempre, pero sí generalmente, necios o nefastos y desmoralizadores que por subyacentes oscuros caminos deben de estar integrándose corrosivamente en el alma nacional, enajenándola y en gran medida haciéndola degenerar lastimosamente (pensemos en los pandilleros neoyorkinos que han infestado a San José y los travestis como en San Francisco que pululan por los reductos de La Dolorosa al sur) hasta extremos nunca antes sospechados. Peor aún si, como bien se sabe y tantos acentúan, esto acontece en un país donde la situación creciente de pobreza y desesperanza de tanta gente convierte el medio social en una esponja quemante que absorbe con avidez este ir de mal en peor que nos viene caracterizando desde hace rato en lo ético, lo estético, lo político, lo religioso y lo delictivo, así lo miren con los anteojitos del pollino de la fábula algunos soñadores.

Bueno, si ya por culpa de esa cumbre de cien palancas que impone leyes, tratados, empréstitos, contratos y gobiernos (lo nuestro no es, soñadores, si bien se mira, una democracia: sin eufemismos, más bien una oligarquía ilustrada y muy bien disimulada, democrático-teocrática, que adora su fetiche, el voto, dividido siempre; esto sí, en mitades intercambiables cupularmente para divertimento cuatrienal del rebaño multitudinario y la repartición de gajes y viajes), se nos están acabando las playas en realidad propias; las mejores bahías se van volviendo ajenas; los bosques se los llevaron casi todos navegando en barcos bananeros; le regalaron al diablo buena parte de los mejores ríos; el Golfo Dulce, dulce golfo (único en el mundo), pende del hilo de una tremenda transnacional; hoteles, restaurantes, lugares de descanso —todo eso que podía antes disfrutarse en

grande frente a la maravilla de la naturaleza— ahora llevan nombre muchos de ellos en lengua extranjera y no los pueden pagar ningún costarricense, como no sea millonario. Hipódromos, casinos, sitios prostibularios de carísimo postín por arriba; crack, marihuana y puñaladita segua por allá abajo, qué fantasía disnilandiana para infancia del siglo venidero. ¿Adiós, para siempre adiós, a los últimos monos colorados, los postreros manatíes, los que ya no veremos tigres ni ocelotes, se nos acaban las guacamayas; las iguanas, qué lástima, ya nadie las recuerda; ayer murió el último cedro amargo, amargo, amargo? Todo esto se me ocurre leyendo frente a esta plaza de pueblo donde aún juegan fútbol los escolares, el letrado de la que en otro tiempo llamábamos la taquilla del barrio y después la cantina; ahora dice, aunque nadie sepa del genitivo sajón, *Yuca's bar* y, calle de por medio, *Abastecedor Santa Marta*. Como que se ha prohibido la palabra *pulpería*, al modo en que para los anuncios y recomendaciones comerciales de prensa y televisión (no sé si de radio también) está vedado emplear el voseo con los compradores costarricenses; por lo visto, todos los españoles, chilenos o mejicanos. Extraña manera de comerciar. Existe entre cierta gama de intelectuales de altos pujos y publicistas de altos vuelos una especie de vergüenza generalizada con respecto al idioma que hablamos, particularmente en lo concerniente al idioma que hablamos, particularmente en lo concerniente al voseo, atribuible a un fenómeno no ajeno a complejo, producto de la ignorancia como nación pequeña de que en otros países y regiones mayores también vosea y todo el mundo feliz de la vida, pera aquí nadie aparenta saberlo.

Y pues de vender hablábamos, Camaquire y Cocorí, heroicos caciques aborígenes que las maestras de mi tiempo enseñaban a venerar como símbolos muy amados de entereza patriótica, se trocaron en dos importantes instalaciones comerciales capitalinas de múltiples y variadas líneas. Hace más de medio siglo, Cocorí, mártir de nuestros primeros días como país en germen, había ya sufrido la afrenta de que le tomaran prestado su nombre para ponérselo a un ron enloquecedor que lanzó en aquellos años la Fábrica Nacional de Licores.

¡Qué confusión! Vaya manera de autenticarse dignamente ante los demás pueblos. ¡País atrabiliario el nuestro, a veces!, por causa de esas cúspides mandantes, grandes o chiquitas, gracias a las que lindos nombres de procedencia terruñosa y tradicional se han extinguido, por ejemplo el de Pacaca, y aquí, al alcance de mi respiración, el Bajo de la Cazuela.

He tratado en el curso de este cuarto a espaldas urdido un poco a lo mosaico herido y apasionado en defensa de la personalidad de nuestro país, del asedio o escamoteo a que se está sometiendo el tradicional voseo costarricense y, lo confieso, tiemblo un poco por su futuro, si no nos ceñimos bien el santo y seña que nos define como nación.

Retomando el hilo con que lo comencé, terminaré con otro significativo ejemplo: Acabo de leer en un cuento recién publicado, de uno de muchos diálogos que se pueden suponer entre los costarricenses, estos abalorios:

...Julieta, no sabés cuánto me he acordado de ti.

...¡Recién estábamos acordándonos de vos!

...¿Dónde estabas metido vos?

...Necesito hablar en privado contigo, así es que llamame

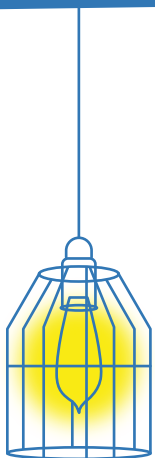
Lo subrayo para que se note el arroz con mango o el coctel de leche de coco con aceite de oliva. ¿Tendrá el voseo que cantar, parodiando a Gardel:

*Decí, por Dios, ¿qué me has dao
que estoy tan cambiao,
no sé más quién soy...?*

No, que Dios no lo quiera.



Carmen Naranjo Coto



Carmen Naranjo es una gran escritora costarricense con reconocimientos fuera del país. En términos narrativos en sus novelas **introduce la temática urbana** en los escenarios narrativos y espacios urbanos problematizados, lejos de cualquier idealización o cuadro de costumbres.

Los perros no ladraron de 1966 se ha planteado como su principal texto. Una novela trascendental para y dentro la literatura costarricense. Desarrolla también la poesía.

En vida desarrolló y facilitó ella misma espacios de talleres donde recibía personas con intereses por la literatura. Ahí enseñaba, daba clases, hablaba sobre literatura, la palabra poética, el lenguaje narrativo, mientras las personas hacían y compartían los textos literarios que desarrollaban. Era en primera instancia una forma de preocuparse para que esos intereses no quedaran en el vacío, si no que tomaran forma, y en segunda instancia, es ver la figura del escritor desde el accionar social, como guía.

Todo en Carmen Naranjo era rebeldía. Era ese rompimiento del esquema de costumbres y **es una de las autoras que renuevan la narrativa costarricense del siglo XX.**

Canción de la ternura

— extracto—

Carmen Naranjo Coto

Desde donde nace la voz,
la voz plena, sin ortografía ni sintaxis;
la voz plena, sin los etcéteras de la impotencia;
la voz plena, sin los énfasis angustiosos;
la voz plena, desnuda de síes y noes;
la voz plena, que sembramos sobre nuestras camas
cuando somos un solo ser solitario
y no cabría en el universo
nuestra conciencia enorme
de ser vivo y despierto.
Desde esa voz y con esa voz
quiero hablarte para siempre,
simplemente hablarte.
No puedo darle la novedad luminosa
de los telones amanecientes.
No puedo caer en los ríos
para describir en piedra
este taloneo de amargos afanes.
No puedo quedarme en las cosas eternas
porque tengo sangre, tengo pies,
tengo adioses en el pelo
y olvidos en los ojos.
Hay dentro de mí un llamado de caminos.
En cada paso que doy, voy dejando pañuelos mudos.
A mi ausencia en tu ausencia,
¡qué inmenso himno de desconsuelo
empiezo a recordar entre un ayer y un mañana no vivido!;
pretendo dejar algo de mi voz,
esa voz plena que tú conoces
cuando a orillas de la noche
olvidamos la cadena de hormigas,
las llaves que resbalan en los pavimentos,
las hojas verdes que mueren a diario
en las calles y en los archivos.
Cuando frente a las estrellas
juntos oponemos,
desde distintas ramas,
un desafío de ser brillante.

Cuando sobre las camas,
desfiguradas por el cansancio
en nubes terrosas que peregrinan,
todo lo vemos y lo sentimos
con la agudeza de almas castradas,
intoxicadas de una ternura sin puerta.
Hermano,
desde donde nace la voz plena,
recíbeme con esta dádiva impotente.
Y en la larga mudez de mi ausencia,
recuerda el desvelo de mi lucha con la palabra.



Virginia Grütter Jiménez



Actriz. Poeta. Sus textos son de los años 50. **Virginia se apropia del discurso erótico** que estaba dominado por escritores hombres, y en su poesía plantea elementos como la construcción del cuerpo femenino, deseo, liberación y el enfrentamiento del cuerpo femenino ante el conservadurismo que permanecía en el sistema incluso sostenido por mujeres mismas. Plantea el deseo como elemento lírico libre y naturalizado. Con lo cual claramente incomoda al sistema de patriarcas asentados en el poder y en la función literaria. Además de que ella en su vida personal por historia de destino, tuvo un escenario convulso en Alemania en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, viviendo luego en México, Cuba y Nicaragua, donde tomó posiciones políticas de izquierda claras, rotundas y activas. Lo cual no deja de ser reflejado en su escritura que al igual que Yolanda Oreamuno, Eunice Odio, no fue bien recibida por décadas en este su país Costa Rica.

La historia de esta escritora está marcada por el impacto. **Es una figura que se debe conocer más y mejor.** Rescatar ese nombre del olvido y leer su poesía que a todas luces es un abrir paso para que al día de hoy mujeres puedan escribir y publicar poesía de forma libre. Virginia Grütter es una antecesora de eso. Además de uno de los poemas más reconocidos, se quiere compartir material documental producido por Quinka Stoher, cineasta quien desarrolla este valioso material sobre Virginia Grütter en el año 2013.

Más fuerte que el dolor

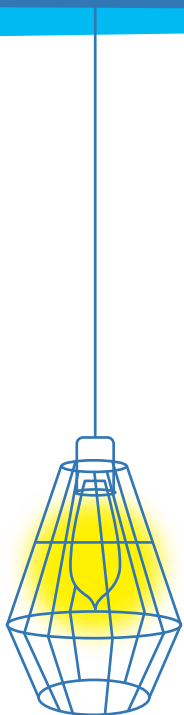
Virginia Grütter Jiménez

Yo venía del colegio.
Alegre bata y el pelo al viento.
Árboles pescando estrellas.
Nubes morenas.
Yo iba brisa por las calles
saltando por los charcos sin llave
hacia la cita chica de mis amores
que me allegaba aromas desde las flores.
Él vino y me cogió del talle.
Y la noche llegó, donde mi pecho se abre.
Y así se abrió mi camisa.
Y mis dos senos eran de palma y brisa
y sus manos peces de enero
fuertes y suaves como el viento.
Las manos y los senos así a escondidas
juntos y solitarios en otra vida.
Después llegué a la casa y toqué la puerta.
Y me salió mi madre y mi tía Berta.
Y me dieron de palos por lujuriosa.
Y el cuerpo en gloria
me lo llenaron todo de moretones
a punta de escobazos y de tacones.
Pero me cogió el sueño
con diamantes prendidos en los dos senos.

Fuente del material audiovisual: https://www.youtube.com/watch?v=_szz-Ne9Jjw



Samuel Rovinsky Gruszco

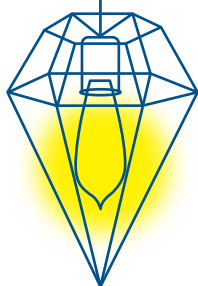


Famoso por su obra teatral más reconocida llamada *Las fisgonas de Paso Ancho* del año 1971 en donde más que un dramaturgo Samuel Rovinsky es un escritor preocupado por el desarrollo y la gestión de la cultura como elementos que sostienen la identidad de Costa Rica. La propuesta teatral de sus textos es plantear lo cotidiano en el escenario. Lo que se da en las casas, en el barrio, porque es un asunto de sociedad. Es decir. El teatro debe verse y hacerse desde la cercanía de quien lo ve. Que pueda ver, identificar signos de su realidad planteados, desarrollados en la escena. De ahí la catarsis, el gusto por seguir el teatro, dado que es algo que nos identifica y entendemos dentro de la escena. *Las fisgonas de Paso Ancho* por ejemplo es una obra que sigue siendo leída y vigente dentro de la lectura nacional de la literatura costarricense. Sea porque se lee en los colegios, porque se presentan grupos de teatro que la desarrollan y porque el costarricense todavía la lee. Y por leerla no la olvida. Alberto Cañas, Daniel Gallegos y Samuel Rovinsky son las tres personas nombradas como los tres dramaturgos sobresalientes en la época.

Samuel Rovinsky **también fue escritor de cuentos**. Para 1982 publica *Cuentos Judíos de mi tierra* en donde relata las dificultades, las penas incluso enfrentadas por su comunidad judía ashkenazi en Costa Rica con toda la persecución e historia terrible desencadenada en el marco de la II Guerra Mundial. Donde plantea toda una reflexión que combate desde la literatura estereotipos infundados hacia la comunidad judía ashkenazi.



José León Sánchez Alvarado



Si bien *La isla de los hombres solos* es la novela que lo referencia en Costa Rica, es *Tenochtitlan: la última batalla de los aztecas* de los años 1986 la novela que lo reconoce en un lugar altamente importante en México. Que realmente es una obra maestra y acá en Costa Rica ha sido poco abordada.

En su vida personal fue conocido por el capítulo de la Basílica de los Ángeles en 1950, dado que se le acusó de haber robado la imagen de esta virgen junto con joyas que la misma tenía. Esto lo lleva a ser encarcelado en San Lucas donde estuvo 30 años. Para el año 1988 la Corte Suprema de Justicia lo declara inocente del crimen en Cartago. Y ya en libertad, se va para México. Para el año **2017 le dan el premio de Cultura llamado Magón.**

Escribe cuento y se plantea que ha publicado alrededor de 30 obras entre novelas, cuentos, libretos para cine, biografía, entre otros. Para el 2017, Relatos de Radio Monumental le hace una entrevista de una hora trece minutos donde se rescata cada capítulo de su vida y donde también se habla de su obra literaria.

Este es el enlace:

<https://www.youtube.com/watch?v=TDs5Mr-dvnU>



Julieta Dobles Yzaguirre



Poeta, educadora, galardonada por el premio Aquileo J. Echeverría en los años 1968, 1977, 1992, 1997 y 2003. Eso significa que ha ganado este premio cinco veces. **Su poesía es un referente de la literatura costarricense.** Julieta Dobles es una escritora que conoce la palabra poeta. Entiende el sentido de las palabras más allá de la escritura habitual y por qué el poema es importante no solo para el hecho lírico si no que se trata de ese algo que representa, dice, transmite. Ese ha sido el objetivo y lo que se ha aprendido en los talleres de poesía que por mucho tiempo ella ha extendido. Ha recibido a personas con inquietudes poéticas y trabaja con la palabra poética de forma maestra. Por su larga trayectoria ha tenido distintas participaciones en capítulos de la literatura costarricense. Fue una de las escritoras que firma algo que se llamó el Manifiesto Trascendentalista que plantea elementos sobre el poema como género literario.

En esta referencia literaria veremos algunos poemas del libro *Espejos de la memoria* 2014 y se comparte un trabajo de entrevista realizado por Audiovisuales UNED que para el año 2019 le hace una entrevista con contenido importante a esta escritora nacional de tan importante calibre cuando se trata de referenciar a autores cuya poesía es de realce en la literatura nacional. En este espacio de entrevista, Julieta Dobles nos comparte de forma expresa toda una concepción de la Ars Poética que la ha destacado. Fuente: <https://www.youtube.com/watch?v=rJeUwVcTjwI>

En este corpus se podrá leer el poema *Lección Indispensable*, *Mar adentro* y *Sabiduría del patriota* que compartió con Poesía Digital España.

Lección indispensable

Julieta Dobles Yzaguirre

Deja así las almohadas,
no las cubras.
Ni despereces la colcha y su jardín
de estampados ansiosos.
En él hemos jugado a ser eternos,
a recoger las mínimas migajas del placer
con que la vida quiere agasajar
nuestra bella osadía.

No importa que lo sepan:
tú yo hemos pasado
dos horas de eterno regocijo,
y nos hemos amado
como si el tiempo nos perteneciera.

Ahora llega la noche.
Te bañas y despides,
con esa sonrisa que amo tanto,
placentera, feliz, cómplice, mía.
Aquí, donde nos hemos dado tanta luz,
uno en el otro.
Yo, fundida a la ternura.
Tú, con el halago tierno
de quien se ha vuelto experto de caricias.

Conmigo has aprendido
esa alta ciencia mutua del placer
y eres converso aventajado
en esta hermosa devoción del gozo.

Vuelve mañana, amado.
Que tenemos aún mucha materia
para aprender despacio y dulcemente.

Fuente del texto: <http://www.poesiadigital.es/index.php?cmd=poeta&id=53>

Mar adentro

Julieta Dobles Yzaguirre

Aunque lejos del mar,
tengo un trozo de mar entre mis ojos
que azulea hacia adentro.

Apenas un perfil, un horizonte
recogido y vibrátil
que me llama y me llama
con su presencia clara
de amigo, amante, amado.
Y con su seno turbio o refulgente
donde ahondar la mirada
y todos sus cansancios.

Todos los días al despertar lo bebo
como a una dulce droga.

Adivino en su color el futuro del día.
Me mezo en su lejano movimiento,
me sumerjo en su luz,
cortada por la niebla
en pálidos islotes,
Y es más real y más mío
que todos los océanos
que no cabrían en mí.

Cuando alguien dice: "¡el mar!",
es mi trozo de mar
quien le contesta.

Cuando alguien dice:
"¡El horizonte es plata!",
estoy segura que es mi mar su mina.

Enmarcado en mis árboles
que el otoño enrojece cada día con más saña,
se me abre dulcemente
y me cuenta de patria, de ciencias,
de beatitud, de amor,
de playas lejanísimas,
de niños que se ríen,
de ciudades feroces
y de profundidad de peces
como ideales,
sorprendidos y agrestes.

Cuando una barca lo parte en dos,
me lanza el brillo doliente de su espuma
en la distancia.

Y cuando la tormenta lo oscurece e irrita,
me deslumbra con su terrible fuerza
de oleajes iracundos.

Va cambiando su rostro y su color
conforme avanza el día.
En el amanecer es brumoso y lejano,
como si el sueño lo envolviera también.
Por la mañana surge, azul y gloria,
trompeta de alegría
que asciende hasta la playa y la desborda.
A mediodía es cobalto y hondísimo,
pues el cielo se ha caído sobre él.
A la tarde se me va diluyendo,
fulgente y neblinoso,
como si en la otra orilla lo esperara
una cita de amor.

Y por la noche, sólo su hondo retumbo permanece,
acompañando el sueño y el vacío.

Siempre quise tener un mar en mí.
Cuando niña, este mar
hubiese sido el regalo perfecto.
¡Tantas veces lo soñé mío, bajo la cama,
envuelto en húmedos reflejos,
lleno de gracia y de salobre espuma,
tan sólo para mí!

La vida me ha ayudado a construirlo.
Sólo cierro los ojos,
y allí me está esperando,
Líquido, dulce, vago,
como un sueño de infancia
que de repente
nos salta entre las manos.

Sabiduría del patriota

Julietta Dobles Yzaguirre

El patriota sabe
que las raíces terrestres que nos nutren
son las hondas raíces de la Patria.

Sabe que nuestra infancia y sus prados
son irrenunciables,
que nuestra juventud y sus campanas
no tienen precio,
y que la madurez y todos sus frutos
duramente aprendidos,
no pueden negociarse.

Que el paisaje que las ha cobijado
es parte de ellas mismas,
es nuestro nutriente y nuestro gozo
y se indigna ante quien,
ignorándolo todo,
profanándolo todo,
hace mercancía
la tierra, el mar, el aire
y sus linderos victoriosos
en el cautivo vientre de la Patria.

El patriota valora
que somos muchos,
todos hermanos con derecho
al abrazo seguro
de una tierra que canta.
Y que nadie podrá,
so pretexto de gobernar,
ahondar las diferencias,
empobrecer las vidas,
despedazar los sueños ciudadanos
para erigirse en dueño y mercader.

El patriota medita
que después de su tiempo
la Patria seguirá.
Y ella nos necesita,
brazo sobre el abrazo,
fiero abrazo
del yo y el tú enlazados.

El patriota conoce
que el hoy marca el mañana.
Que los actos de aquellos
que dieron a esta tierra
su sabio aliento solidario,
claman por nuestro esfuerzo
para dejar a todos los que hoy nacen
una Patria en que la vida
merezca ser vivida.

El patriota está en pie.
Firme, sereno, solidario,
vigilante,
... y resiste.
Ya llegará la hora luminosa en la Patria.



Alfonso Chase Brenes



Es un escritor **destacado en la literatura costarricense por su trabajo de investigador cultural**. Literariamente ha hecho cuento, poesía, novela. Se ha destacado por el desarrollo de literatura para niños y jóvenes. A su vez, en sus investigaciones ha planteado preocupación por la recuperación y rescate de figuras de escritores, escritoras también destacando el trabajo realizado en Eunice Odio. Obtuvo en su carrera el máximo premio como lo es MAGON como otros premios destacados. Sus obras han sido traducidas a diversos idiomas: portugués, serbio, griego, inglés mencionando algunos de ellos. Importante destacar que ha sido investigador de la poesía contemporánea costarricense, investigador también de Max Jiménez, José María Zeledón, Vicente Sáenz, Carmen Lyra.

Alfonso Chase ha sido un escritor con mucha criticidad académica y artística del contexto sociocultural costarricense, de los distintos momentos de la literatura costarricense con lo que se ha presentado en como literatura y sobre todo un escritor e investigador preocupado por el rescate de identidades, cultura, y escritura valiosa que no debería caer en el olvido. Eso lo convierte en un gestor de la cultura y un artista preocupado por lo que sucede planteando la literatura como inquietud social y de identidades.

Se comparte un poema...

Pensión arcadia

Alfonso Chase Brenes

La muerte toca el timbre
y nadie le responde.

Adentro, un hombre contesta
una llamada equivocada.

Aquí vienen a morir algunos.

Sin nombre apenas, desligados
de familia, solitarios,
jugando al póker o a las damas.

La muerte se pasea con un leve roce de faldas sobre el piso.

Aquí no muere nadie.
Aquí Dios se desterró bajo el rostro
de un hombre joven o de aquel anciano
casi transparente.

Una tos, un agudo
golpe de pecho, una ínfima gota de sangre
sobre el sucio pañuelo, indican
la hora señalada.

Un anónimo pensionista
llama a cobrar a un número secreto.

Aquí no muere nadie.

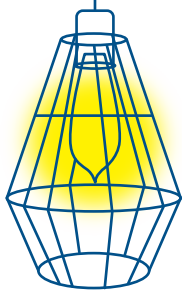
A cara o cruz se escoge
la salida.

A golpe de sordina abren la puerta.

Fuente del texto: <http://www.poetaspoemas.com/alfonso-chase/pension-arcadia>



Quince Duncan Moodie



La leyenda Duncan. El escritor afrocaribeño que ha obtenido dos doctorados Honoris Causa. El primero por Saint Olaff University en el 2001 y el segundo por la Universidad de Costa Rica en el año 2018. Se destaca dentro de la historiografía por ser el primer escritor afrocaribeño en escribir en español. Se resalta el hecho de que la literatura de Quince Duncan no está circunscrita únicamente en el Caribe como abordaje único y principal.

Realmente Quince Duncan es un escritor de escenarios sobre lo urbano, sobre lo histórico, sobre identidades multiétnicas y pluriculturales. Es decir, no por afro, escribe solo sobre cuestiones afro. Si no que ha desarrollado obras en múltiples escenarios. Con Lorrein Powell desarrolla el trabajo nominado *Teoría y práctica del racismo* para el año de 1986 y con Carlos Meléndez, el libro que lo haría estar en las páginas de la historia costarricense con el texto *El negro en Costa Rica* todavía muchos años antes (1972). *Un señor de chocolate* publicado en 1996 que se trata de 30 relatos de experiencias de personales en torno a su persona como hombre negro.

Ponente internacional, toda una autoridad en abordajes sobre diáspora africana, y un educador no al día de hoy sigue enseñando en cada una de sus charlas, ponencias, entrevistas. Quince Duncan es un referente de la literatura costarricense y un referente de la historia, presencia de los afrodescendientes desde su llegada a Costa Rica al Puerto de Limón en 1872 como esa primer y definida gran oleada de jamaicanos. Se comparte en este material un documental del Dr. Duncan Moodie hecho por el Colpyro en el marco de sus 50 aniversarios como escritor.

Fuente del material audiovisual:

<https://www.youtube.com/watch?v=-wT3XO5OpGw&t=3s>



José Ricardo Chaves Pacheco



Escritor costarricense. José Ricardo Chaves cuenta con un doctorado en Literatura Comparada de la UNAM México. **La narrativa de Chaves toma una importancia en torno a su presencia ya que desarrolla la temática gay en la literatura costarricense.** Planteada por pocos e incluso de forma tímida. Los relatos de Chaves plantean este abordaje desde la introspección, la lectura interior, la pugna, el elemento social, los señalamientos. Esto inicialmente planteado en la literatura de Alfonso Chace. Para luego José Ricardo Chaves en 1984 publicar el libro de cuentos *La mujer oculta*, con el que ganaría el premio Joven Creación de la Editorial Costa Rica. En la historiografía literaria costarricense no se ha considerado este tipo de textos literarios con temática gay. Se recuerda por ejemplo mucho antes el poemario de Nidia Barboza de 1987 llamado, *Hasta me da miedo decirlo*, en donde plantea desde la lírica la temática lesbiana y no fue tomada en cuenta ni estudiada de una forma fecunda y ni tan siquiera amplia, pues significaba estar tomando en cuenta una diversidad sexual perturbadora para el tiempo de ese momento. Una Costa Rica lejana de analizar este tipo de literatura con una amplitud académica sin caer en el pudor de los moralismos históricos. Se comparte en este material un conversatorio entrevista realizado en el 2016 por ¡Ay vacantes! Donde participa este escritor.

Fuente del material audiovisual:

https://www.youtube.com/watch?v=U1Yr80Q_EZ4



Rodolfo Arias Formoso



La novela con más mención de este escritor se llama *El emperador Tertuliano* y la *Legión de los Superlimpios* publicada en 1991 siendo una novela referenciada en la narrativa costarricense. El humor pareciera ser una herramienta narrativa desarrollada en el transcurso del texto, pero es a través de ese lenguaje que conlleva al humor que el texto plantea toda una lectura crítica del medio y de los distintos círculos de la sociedad. Hay un foco narrativo en lo estatal como sistema, donde la burocracia es agudamente desacreditada y elementos que como costarricenses identificamos son parte del contexto los cuales entran también a ser parte de las frustraciones en la narrativa del texto. Se debe decir que es una novela que capta la atención del lector, siendo un texto que rompe con la narrativa tradicional de la literatura costarricense. Este autor publica en el año 2007 la novela *Te llevaré en mis ojos*, que es un estilo narrativo cabalmente distinto a su primera novela. Con este texto, gana el premio nacional Aquileo Echeverría. Una novela ambientada en el contexto de las luchas contra ALCOA, *Aluminum Company of America*, que tuvo como protagonistas, estudiantes universitarios de los años 70. En medio de esa turbulencia social, histórica, la novela desarrolla una historia de pasión también. Con la narrativa maestra de Rodolfo Arias Formoso.

Se comparte en este espacio una entrevista hecha al autor por parte de la Biblioteca Nacional Miguel Obregón Lizano en el año 2020.

Fuente del material audiovisual:

<https://www.youtube.com/watch?v=WGaa8ObjAl8>



Miguel Fajardo Korea



Este escritor nació en Liberia Guanacaste **destacado por la poesía como género literario cultivado**. Miguel Fajardo es un poeta referenciado y destacado al día de hoy en las letras líricas costarricenses.

Es un escritor preocupado por las identidades y por trabajos que sostengan cultura pues en la cultura están las raíces, las luchas, todo lo que define al país. Así que siempre ha sido un escritor con esa preocupación permanente. Ha sido un líder destacado en el Centro Literario de Guanacaste, a su vez un destacado educador.

Ha investigado a su vez la poesía y el legado de Eunice Odio. Recibió el premio Joven Creación. El Jorge Volio, Premio Nacional, Premio Omar Dengo. Premio Nacional de Educación Mauro Fernández. Ha liderado talleres de poesía y ha tenido una participación de análisis literario en distintos espacios académicos a nivel país.

Se comparten en este corpus algunos poemas y se comparte un análisis que hace este escritor junto con Rebecca Ramírez del club de lectura de la CCSS en el año 2019.

Fuente: <https://www.youtube.com/watch?v=yxFbKRhZnnU>

Una noche perseguía estrellas

Miguel Fajardo Korea

Rompemos la fuente para inventar
el miedo, la crueldad labrada
en el llanto de la nostalgia.

Una noche perseguí a las estrellas.
Al final del arcoíris había muros,
salvajes alambradas creciendo hacia el infinito.

Nos destierran, me destierro,
somos inmigrantes en espacios globales
que nos han dado la espalda.

Ningún gesto humano
enterneció a los verdugos.

Vivir es una osadía,
una habitación sin estrellas en la montaña
arrinconada por el viento del monólogo.

Camino en la sombra que mira sin disculpa.

Tu tragedia nunca será contada,
pues la repetición anula los dolores.

Estás fatigado, el peregrinaje
es cal viva en la pérdida de los atajos,
de mariposas mirando al cielo.

Hay trampas en los tabloneros
de los barcos abandonados.

Cada poder es un exceso a la renuncia,
a las conversaciones sin distancia.

No te rindás:
hay utopías transfronterizas,
un pasaporte o un salvoconducto,
con el destino final de la esperanza.

Las llaves de la tierra

Miguel Fajardo Korea

En los labios de la ceniza
el delirio es una lluvia,
el destino del latido,
a la deriva,
la soledad del olvido,
la sílaba del follaje.

Llegas con el puño
del presagio
a los muros resquebrajados
por la fuerza migratoria
ante los registros policiales
de la libertad en fuga.

El vacío enciende
las llaves de la tierra,
el propio mar
dentro de las olas
en mi cuerpo.

Los oficios del aire
avasallan los pedazos
del azar en plena oscuridad.

El encierro perfecto
será dejar la huella
que borrará el mar
cuando huyan de sus captores.

En el templo de arena,
revuelto en la voluntad apátrida,
el silencio grita, en altamar,
palabras reconquistadas en la libertad.

Universo transfronterizo

Miguel Fajardo Korea

Cortábamos los sueños
en las ventanas de la oscuridad;
en el círculo vicioso de las persecuciones,
antes de abrir la huelenoche,
el bosque o el océano,
el mar, sin hijos en el techo;
el arcoíris, al inicio de las olas,
cuando viene la ternura
que acuna en la corriente
o desplazará nuestros pies,
delante del mundo
de los turistas en verano.

El agua del océano estalla en silencio;
es la de todos los mares sigilosos.

Abre la boca llena de espuma,
y visita, demasiado viva,
cada sílaba consagrada
a la protección de los refugiados,
en medio de la tormenta,
sin espíritu de aventura,
con la plena consigna
del abrazo de vuelta
en la desgracia;
ante el cinismo de quienes
los "cazan", como animales perdidos,
en el universo
transfronterizo de la incompreensión.

Nada más ajeno a los DD. HH.

Toda esperanza es dignidad

Miguel Fajardo Korea

Escondidos, no respondan
las preguntas de los necios;
son los verdugos
que devoran los sembradíos
de la convivencia.

El delito del migrante
es su pobreza horizontal,
que les extiende de los Otros,
tentáculos xenófobos y racistas.

Seres humanos vistos como piltrafas
en la sombra dividida de la luz,
en la puerta distinta del abandono.

No deben responder
las obsesivas insanias
de quienes atestiguan
contra los hijos del mundo,
sin canciones de cuna,
en medio de la tristeza.

Los arrinconan, y exigen confesiones;
los hacen mentir en los formularios de la maldad
que no se lleva el viento de Ayotzinapa,
porque les han enterrado
la más alta dignidad
detrás de su martirio.

Sin la luz, la carencia se agranda.

Somos moribundos.

A pesar de los disparos,
encienden la oscuridad, detrás de los caminos.

Un abrazo de vuelta no vendría mal.

Queda el desbordamiento del olvido
un día gris en los crucigramas incompletos.

Las campanas anuncian la deportación.

Un ritual poco comprensible
en los universos apabullados.

El ojo vencido se arrodilla en la tristeza,
en la huida hacia otras fronteras.

Los escombros escuchan el estertor
de la lejanía encarcelada.

La medianoche es el cronotopo
para imaginar el abandono
de tu casa-país, de tu luna festiva
para seguir escondidos,
con edad desangelada, encorvados,
sin saber de la descomposición social
de los sobornos públicos transnacionales
que carcomen a casi todos los gobiernos.

Buscás otra patria...

A la fuerza te la imponen.

Toda esperanza es un martirio.

Nunca se comprende desde lejos:
Comienza la palabra.

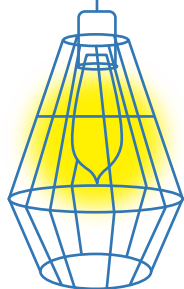
La denuncia frontal contra tanta insania.

Poemas de *Las llaves de la tierra*

Fuente del texto: <https://www.nuevayorkpoetryreview.com/Nueva-york-Poetry-Review-3081--222-poesia-costarricense-miguel-fajardo>



Ana Istarú



Ana Istarú. **Dramaturga. Actriz de teatro y televisión. Ensayista y escritora de poesía.** Para el año 1983 publica el poemario *La estación de fiebre*. Poemario de temática erótica donde plantea un hablante lírico que canta al deseo, al gusto por el hombre desde el cariño, lo corpóreo y esto irrumpe porque pese a que Eunice Odio, Virginia Grütter, entre otras ya habían dado asomos tímidos a referencias eróticas en la poesía, es Ana Istarú quien nos da en este poemario un texto que marca y posiciona la voz lírica femenina frente a la sociedad escritora falocéntrica que por siglos dominó la literatura costarricense, en donde plantea la sexualidad desde la mujer. Vincula afecto con deseo. Un deseo consciente, expresado desde una sexualidad abierta que desafía el verbo tímido que las escritoras anteriores tuvieron. Este poemario al día de hoy sigue vigente en las lecturas de poesía costarricense, en el centro de los análisis.

Sus textos teatrales han sido *El vuelo de la grulla* 1984, *Madre nuestra que estás en la tierra* 1989, *Baby boom en el paraíso* 1996, *Hombres en escabeche* 1996, *La loca* 2005. Y en prosa su libro 101 ensayos. Columnas de opinión. La Nación y el Financiero, del 2010. Como sus obras más sobresalientes. Se comparte del texto *Verbo Madre* 1995, el poema *Alumbramiento*, y *Ábrete sexo*. Se comparte también una entrevista hecha por Audiovisuales UNED en el año 2020.

Fuente del material audiovisual:

<https://www.youtube.com/watch?v=0OlyOed5rs8&t=5s>

Alumbramiento

Ana Istarú

Vino de mí
salió del fondo
el médico aplaudía
yo vine con el mar en la barriga
como un intenso parasol
un mapamundi
yo era la esfera que rodó en la madrugada
de corazón latí como un caballo
lo digo así
es que la crin
me perfumó
el vientre se movía
como suelen moverse los rebaños
venía con mi molusco mi amapola
mi potranco
con mi gorrión redondo
yo no podré faltar jamás
me dije
a nuestra cita
así que estoy aquí
con esta fiesta
brincando por el talle
hice mi baile de rosas
mi aleteo
mugí como los barcos
el vientre daba vueltas
me esperaba
oculta en el carmín
donde el médico buscaba con su ceño
yo empujaba
el ventarrón del orbe en mi testuz
soplaba como un faro.

Como los dioses marinos de los cuentos
una granada real a punto de volar
recuerdo que por suerte
César me retuvo del cabello
estaba emocionado
sin saber si tintinear o si envidiarme
de entero dedicado a mis pulmones
expirando inspirando y expirando
me miraba de adentro de sus ojos
como sólo una vez me mirará
en toda la vida de su vida
y a mi vientre que cambia de paisaje
y así
vino de mí
salió del fondo
nos bendijo de un golpe con su grito
se puso a beber sol como una fiera
de lana o amaranto
yo estaba enamorada y me reía
de loca de centella de rodillas
quería besar el sexo el vellocino
de César que lloraba
tomar a mi criatura
correr a derrocharla por las calles
qué llovizna de leche que cabalga
toda la luz del mundo en el pezón.

Ábrete sexo

Ana Istarú

Ábrete sexo
como una flor que accede,
descorre las aldabas de tu ermita,
deja escapar
al nadador transido,
desiste, no retengas
sus frágiles cabriolas,
ábrete con arrojo,
como un balcón que emerge
y ostenta sobre el aire sus geranios.
Desenfunda,
oh poza de penumbra, tu misterio.
No detengas su viaje al navegante.
No importa que su adiós
te hiera como cierzo,
como rayo de hielo que en la pelvis
aloja sus astillas.
Ábrete sexo,
hazte cascada,
olvida tu tristeza.
Deja partir al niño
que vive en tu entresueño.
Abre gallardamente
tus cálidas compuertas
a este copo de mieles,
a este animal que tiembla
como un jirón de viento,
a este fruto rugoso
que va a hundirse en la luz con arrebato,
a buscar como un ciervo con los ojos cerrados
los pezones del aire, los dos senos del día.



Shirley Campbell Barr

1965



Poeta costarricense con un alto reconocimiento internacional. Entre sus publicaciones más sobresalientes se menciona *Naciendo*, 1988. *Rotundamente negra*, 1994. *De negro vengo ataviada*, 2021.

Es una escritora protagonista en materia de identidad afro porque esa ha sido la consigna de su trabajo: ser una escritora negra. Más allá de un fenotipo, está la afirmación de su persona como mujer y madre negra, frente a las injusticias históricas y la lucha frente al racismo como una constante en la sociedad. Ser negra desde la consciencia de lo que eso significa y todo lo que ella construye en término de identidad desde su poesía. El cabello, el cuerpo, las hijas, los cabellos, todo constituye una reflexión aguda, poética e inspiradora en torno a las mujeres negras. Es una voz lírica que conforme se lee adquiere mayor fuerza y reclamo histórico posicionando a la mujer afro como central para contar la historia desde su voz, su vivencia, sin que nadie tenga por qué contarla por ella. Lejos de plantearse como una escritora encasillada en lo afro como referente y desarrollo literario, más bien expresa que desea que se le reconozca por eso, por ser una escritora negra. Shirley Campbell revierte y le da todo un sentido identitario a ese referente de "negro" que tantos análisis ha desatado alrededor del mundo. Lo plantea desde la belleza, el orgullo, el rescate, lo digno de la figura y el referente africano. Su poema *Rotundamente Negra* figura no solo como su texto referente, y el poema declamado por la comunidad afrodescendiente.

Se comparte los poemas...

El cabello de Illari

Shirley Campbell Barr

Te miro y tu rostro pequeño tiene un marco de cabello crespo que combina maravillosamente con tu sonrisa.

Ayer lo tenías trenzado en seis líneas rectas que terminaban juntándose en sus puntas al final de tu nuca.

Ese pelo tuyo combina con tus dulces ojos sonrientes cuando cintas de colores son entretejidas en medio de tus trenzas resultando en hermosos cabellos coloridos.

A veces, cuando son muchas tus trenzas parecen danzar al son de tus carreras y de tus saltos y tus carcajadas. Es una danza que solo tu perfecto cabello es capaz de crear.

Otras veces, adornado con cuentas de colores, se asemeja a una ancestral danza que se mueve con juegos, impulsos, vueltas y piruetas que cuentan historias al compás de tus correrías. Son colores amarrados a tu hermoso pelo, que recuerda carnavales y comparsas, ritos y leyendas, sincretismos y abuelas. Recuerda historias y religiones de muchos pueblos como el mío.

Cuando esta suelto, me parece una densa selva llena de palmas o un frondoso baobab milenario que asido seguro a la tierra sostiene su copa tupida de ramas que apunta al cielo y no le tiene miedo al sol. Imagino entonces un par de manos negras bajo ese árbol, que es sabio, batiendo tambores que anuncian buenas nuevas para todas las niñas, que como tú, cargan con orgullo ese crespo cabello extraordinario.

Yo voy a enseñarte, hija mía, así como un día aprendí de mi madre y ella de su abuela y su abuela de otra madre, a construir caminos y perfectas veredas en tu cabeza.

Te voy a enseñar hija de mis entrañas a diseñar obras de arte, a delinear imágenes, a tejer un mundo brillante y lleno de colores en las trenzas de tu cabeza. Y un día cuando aprendas a peinar tu propio cabello y los cabellos de tus hijas vamos entonces a construir un nuevo mapa. Construiremos un mundo nuevo en tu cabeza que les permita a todas las niñas negras como tú, llevar con orgullo la hermosura de nuestros cabellos.

Te prometo hoy, mi pequeña, que tus peinados y los peinados de tus hijas asombraran al mundo y tu figura monumental no tendrá entonces que usar más disfraces para brillar.

(De *Rotundamente negra*)

Un mundo sin miedo

Shirley Campbell Barr

Me resisto a creer
en presagios y anuncios del Apocalipsis
me niego a recibir sin resistencia
esas voces que anuncian
señales de muerte
de nuestros tiempos...

No estoy dispuesta a morir
bajo la bandera de estos hermosos sueños
que son justamente
los que quiero vivir
suficientes antepasados reposan
por la defensa de los mismos principios
suficientes ausencias
tengo impresas en el ayer.

Sucede que estamos arribando
a la era de la vida y la verdad
sucede que se acerca
el fin de los finales tristes
y de las guerras perdidas
sucede que tengo una niña en casa
que está decidida
a llegar a grande
y sucede que le prometí
un mundo sin miedo
por eso
me resisto a ser parte
del odio y del terror
y me niego a morir
en la siguiente batalla
me niego a recibir llorando el día nuevo
sucede que en casa tengo
una brillante sonrisa sin dientes
que me ha cambiado la vida
y la muerte
y el libro del Apocalipsis
fue desterrado de mi biblioteca
y las noches de lluvia se convirtieron
no sé por qué mágico encanto
en hermosas canciones de cuna.

(De Desde el principio fue la mezcla)



Jonatan Lépez Vega



Jonatan Lépez Vega es un poeta costarricense con formación en Sociología y Literatura Latinoamericana de la Universidad de Costa Rica. **Se ha destacado como poeta joven con textos fluidos, una poética desesperada, agobiante en torno a lo que siente el hablante lírico.** Un poema que se canta con elementos cotidianos, planteados en su libro *Batallar contra la noche* publicado en el 2008. En el caso del libro *Desde un edificio en llamas* publicado en el 2018 donde hay un hálito de extinción de todo lo que rodea en el espacio al hablante lírico. **Es una voz lírica** con desencanto, en una crisis constante donde todo parece desvanecerse, desmoronarse.

Cuando se habla de poetas contemporáneos, sin duda alguna Jonatan Lépez está en el escenario como referencia. Ha desarrollado en su carrera, la participación activa y de liderazgo en talleres de poesía. Así como también la participación en Festivales Internacionales de Poesía donde ha representado al país.

Se comparte a continuación **algunos poemas** de su libro *Batallar contra la noche*.

Poemario

Batallar contra la noche

—extractos—

Jonatan Lépez Vega

"Tenía necesidad de estar solo...
y de sentirse tan desligado de lo que lo rodeaba
como un forastero en una ciudad
en cuya estación se perdió".

Roberto Arlt

Los elementos perfectos para un gran poema a mi alcance,
la navidad secándose en la sala,
la fosforecencia de los peces,
los ensayos de Houellebecq,
el queque roído del cumpleaños,
el ajedrez de incas y españoles
suspendido en pleno holocausto.

1:47 de la mañana,
el retrato de la santa cena de Dalí frente a mis ojos,
mi conciencia choca por las paredes
como una partícula en pleno spin.
El viento brújula sin calles,
corazón: casa de madera abandonada.

Al este de San José una mujer vuela por primera vez
traspasa sus miedos niños con olor a fracaso.

Al sur otra se abre el pecho en llamas
deja escapar jaulas,
sueña con andamios
y manos que acaricien su cuerpo.

(En Heredia vos amaestrás ornitorrincos
acaricias lomos de libros
que te recuerdan de pronto
y escuchás la lluvia alborotar la madrugada)

Al oeste una mujer piensa en su gata
en las orquídeas muertas
la nubosidad que lleva meses en sus ojos.
Al norte otra se revive sitiada por el frío
acurrucada en su llanto
deshecha en los regazos de un dios
que no llena por dentro

Maldita ciudad que me envenena
me abandona en pleno ataque de mis dudas
me transforma en esto que detesto
me humilla en cada caño
en cada elemento de asco que se filtra por mi boca
Maldito paisaje que me borra
me disminuye hasta el átomo sin sentido
hasta la molécula que por inercia no produce reacciones químicas

Luego del tiempo
de la migración absoluta de los árboles al precipicio de la nada
quiero perderme porque quiero
no porque ya no haya campo para mí en las pocilgas de concreto
en las ecuaciones invariables de la economía sin corazón

Maldito aposento este que me interroga
Maldita urbe que no siente
que desespera en la locura
en su continua borrachera de deshechos
de aguas putrefactas
de condena a las raíces y a la tierra



Jose Pablo Chacón Alvarado



Una pregunta natural al 2022 sería: **¿Qué se está escribiendo hoy en Costa Rica?**, literariamente hablando. Jose Pablo Chacón en el año 2020 publica la novela *Mysterium salutis*. **Es un escritor de lo que llamaríamos "al día de hoy"**. Un escritor en medio de una Costa Rica con tecnología, Internet como herramienta de trabajo, de Redes Sociales que datan de información mayúscula. De un 2022 de computadoras modernas, teléfonos inteligentes, y de una Costa Rica que mueve a pasos de gigante la comunicación, en donde incluso estamos en medio de una era digital por la cual transita también mucha literatura. Los blogs se han convertido en cuadernos poéticos, de ensayo, de todo género literario. Una Costa Rica transita por una pandemia como lo es la historia que nos sigue dejando el Covid-19.

No son los tiempos de Magón ni de Aquileo Echeverría. Es un tiempo que quizás nadie lo hubiera podido narrar en los tiempos del cuadro de costumbres. **Jose Pablo Chacón es un escritor de narrativa perteneciente a estos tiempos.** Su novela es en efecto de misterio, de resolver las preguntas entorno al hallazgo de un cuerpo y ahí se desencadena todo el resto de la historia. Los espacios narrativos son fuera de Costa Rica. Pero con la novela se genera toda una reflexión sobre América Latina. La teología es un referente altamente interesante en este texto. El desarrollo de esta en la prosa literaria adquiere valores de análisis poco vistos en la literatura costarricense.

Presentamos a continuación una entrevista hecha a este autor a hoy. Mes de junio del 2022.

José Chacón. Muchísimas gracias por haber aceptado este espacio de entrevista. Ya hemos podido compartir con vos en otros espacios pero nunca uno que sea literario. Y este trabajo que estamos haciendo es precisamente literario.

Publicaste recientemente la novela *Mysterium Salutis*. Llama la atención que sea un latín el nombre del libro. Queremos que nos compartás un rato de literatura costarricense.

Alejandra Mc Cook: ¿Qué has leído de literatura costarricense que nos podás compartir en torno a la reflexión del escritor y la literatura costarricense como tal?

Jose Chacón: A Paul Benavides, una reflexión sobre la corrupción. Y a Catalina Murillo, una exploración sobre la locura.

AM: ¿Cuál desde tu lectura desde luego, te parece sea un escritor clave en la literatura costarricense?

JC: Eunice Odio, Yolanda Oreamuno

AM: ¿Cuál ha sido tu camino como escritor para haber llegado a *Mysterium Salutis*?

JC: Mucha lectura apasionada, una investigación rigurosa y una dilatada observación del comportamiento humano dentro de relaciones y comunidades sectarias.

AM: Tu novela es bien interesante. Ciertamente acaba de salir publicada. Pero es una novela policíaca, tiene juego, acertijo, ¿Cómo definís tu novela viéndola como lector de tu mismo texto?

JC: Nunca la he leído como lector, siempre que leo algo que yo mismo escribí lo leo como un crítico inclemente. Pero si tuviera que definirla, diría que es un ensayo histórico novelado.

AM: Por muchos siglos la literatura costarricense estuvo forjada por el cuadro de costumbres, el costumbrismo y aquellos escritores del llamado Olimpo que en sus discusiones plantearon qué se iba a entender por literatura costarricense. Llegando a la conclusión de que lo que no tuviera costumbrismo o reflexión de lo nacional, iba a ser expulsado de esa consideración de "costarricense". Tu novela no hubiera sido considerada de ninguna forma por el Olimpo. Ni la tuya ni nada escrito a las luces de hoy. ¿Cómo se está moviendo la literatura costarricense al día de hoy?

JC: Pienso que hay una ruptura en proceso, un lento proceso. Aún hoy pervive la idea de la literatura costarricense arraigada al costumbrismo. Y creo que una parte del "espíritu del Olimpo" habita en las instituciones estatales, en el sistema educativo y se mueve jalonado de una nostalgia cansina. Sin embargo, la ruptura está "in fieri". Se está moviendo del concepto expuesto a tener escritores con temas y pensamientos y estudios más universales. Aunque siento los hubo, pero castigados a ser invisibilizados.

AM: ¿Cómo podríamos ciertamente plantear lo que la narrativa, poesía y ensayo está desarrollando como país y como contraponerlo desde el buen sentido de la palabra con todo ese estilo narrativo de antaño conservador y de la élit oligarca?

JC: Hay una importante incidencia por la multiplicidad de carreras y disciplinas nuevas. El intercambio cultural y el acceso a la información. Un alejamiento de los líderes tradicionales, de los poderes hegemónicos y de la influencia de la religión. No es rebeldía, es libertad.

AM: ¿Cuáles desde tu experiencia son los retos narrativos que tiene el escritor costarricense en el quehacer literario?

JC: El reto narrativo más grande es innovar sin que se note.

AM: A principios del siglo XX los escritores costarricenses plantean toda una polémica sobre qué se entendería por literatura costarricense. Y claro. Gana el cuadro de costumbres. La pregunta un 2022 sería ¿De qué debería escribirse en Costa Rica literariamente hablando? Entendiendo que lejos de buscar un enfoque académico, buscamos una respuesta tuya como escritor de una narrativa bastante innovadora.

JC: No somos una isla, como muchas veces nos hemos querido ver. Y justamente esa es una puerta literaria por la que debemos seguir transitando. Salir de nosotros mismos, ver hacia afuera para vernos desde allá. Cada vez que hablamos de un asesinato en Londres, podemos ver y hablar de las muertes violentas entre nosotros. Cada vez que leemos sobre una guerra, ya sea en Ucrania, Kosovo o Palestina, podemos vernos a nosotros mismos como hijos de una paz ficticia de la que nos ufamamos. ¿Qué debería escribirse acá? De todo, pero principalmente llevar luz sobre temas que empuje a una construcción de una sociedad que respeta los derechos humanos y defiende el medio ambiente.

AM: ¿Cuál desde tu perspectiva es el objetivo de la literatura y el objetivo de la literatura costarricense?

JC: El objeto de la literatura es la liberación del alma y la transformación de las sociedades. La palabra hablada y escrita siempre es transformadora, por eso los totalitarismos, los fundamentalismos y los legalismos de todo tipo la censuran con encono.

AM: Por último, ¿cuál es el escritor costarricense que más has leído y que por tanto te es importante?

JC: No sabría decir a quién he leído más. Pero creo que justo en este momento señalaría a Luis Chaves.

Referencias consultadas

Alemán Bolaños, Gustavo (1943). Días salvadoreños de Rubén Darío, Managua.

Ídem (1958). La juventud de Rubén Darío, Ed. Universitaria, Guatemala.

Biografías y vidas. (s.f.). José Marín Cañas. Recuperado de https://www.biografiasyvidas.com/biografia/m/marin_canas.htm

Chacón Chaverri, Tranquilino (1930). Juventud de Rubén Darío, San José.

Editorial Costa Rica. (s.f.). José Marín Cañas. Recuperado de <https://www.editorialcostarica.com/escritores.cfm?detalle=1225>

Fernández, J.R. (s.f.). Marín Cañas, José (1904-1981). Recuperado de <http://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=marin-cannas-jose>

Fernández, Jesse (1994). El poema en prosa en Hispanoamérica. Del modernismo a la vanguardia, Hiperión, Madrid, 1994.

Gale, Lenore V (1975). «Rubén Darío y el poema en prosa modernista», en José Olivio Jiménez, (ed.), Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana, Eliseo Torres and Sons, New York, pp. 173-188.

GULSOY, J., «La fuente común de "Los ojos verdes" y "El rayo de luna" de G. A. Bécquer», en Russell P. Sebold (ed.), Gustavo Adolfo Bécquer, Taurus, Madrid, pp. 261-271.

Leal de Noguera, María. (2013). Cuentos Viejos. Editorial Costa Rica. San José.

Molina I. 1995. El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750 – 1914), San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Núñez F. M. 1947. Itinerario de la Novela Costarricense, San José, Imprenta Española Soley y Valverde.

Ovares, F. Rojas, M. Santander, C. & Carballo, M. (1993). La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica. Colección Identidad Cultural. Editorial Costa Rica.

Ovares, F. Rojas, M. (1995). 100 años de literatura costarricense. Editorial Norma.

Quesada, Á. 1986. La formación de la narrativa nacional costarricense: 1890-1910, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Quesada Soto, Álvaro (2000). "La narrativa costarricense del último tercio de siglo". LETRAS, (32), 17-43.

Ídem (2008). Breve historia de la literatura costarricense. Editorial Costa Rica.

Ídem (2002). Unos y los otros: identidad y literatura. Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Quesada, Á. 1988. La voz desgarrada: 1917-1919. EUCR;

Quesada Á. 1998. Uno y los otros. Identidad y literatura en Costa Rica 1890 – 1940, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Quesada, Á. et al. 1995. En el tinglado de la eterna comedia: 1890-1950, Heredia, EUNA.

Quesada, P. Vásquez M. (2011). La literatura infantil en Costa Rica: aportes y ausencias desde la historiografía literaria. Comunicación. Vol. 20, Instituto Tecnológico de Costa Rica

Viñas Piquer, D. 2002. Historia de la crítica literaria, Barcelona: Ariel.

Viquez, B. (2009). José Marín Cañas. Recuperado de <http://heredia-costarica.zonafree.org/archives/2009/09/jose-marin-canas.html>

Zeledón Cartín, Elías (2013). Leyendas ticas. Editorial Costa Rica.